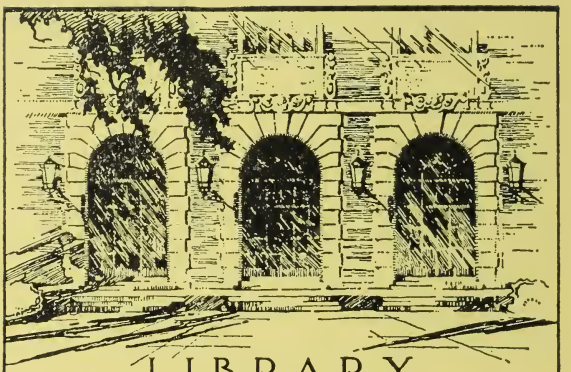


LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS

865D54
Osp1891

NOTICE: **Return or renew all Library Materials! The *Minimum* Fee for each Lost Book is $50.00.**

The person charging this material is responsible for its return to the library from which it was withdrawn on or before the **Latest Date** stamped below.

Theft, mutilation, and underlining of books are reasons for disciplinary action and may result in dismissal from the University.
To renew call Telephone Center, 333-8400

UNIVERSITY OF ILLINOIS LIBRARY AT URBANA-CHAMPAIGN

DEC 1 4 1988

L161—O-1096

Digitized by the Internet Archive
in 2016

https://archive.org/details/spolariumcuadros00dice

Joaquin Dicenta.

SPOLIARIVM

CUADROS SOCIALES

2.ª EDICION

Ilustraciones de Lucas.

MADRID

Librería de Fernando Fe

CARRERA DE SAN JERONIMO, 2

1891

1 1919

229294
1-6
HESPERIA

SPOLIARIVM

JOAQUÍN DICENTA

Spoliarium

CUADROS SOCIALES

PRÓLOGO DE

LUIS BONAFOUX

Dibujos de **Cuchy.**—*Fotograbados de* **Laporta.**

2.ª EDICIÓN

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Carrera de San Jerónimo, 2.

1891

ES PROPIEDAD

E. Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.

PRÓLOGO.

I.

.....El auto de fe era enorme. Encendida por la cólera y alimentada por el odio, aquella pira amenazaba no concluir nunca. Se

Spanish

quemaban á fuego manso mis amistades todas y una á una; cuáles por egoístas, cuáles por envidiosas, la mayoría por necias é ingratas. Durante algún tiempo fuí dormido espectador de aquel incendio que me consumía las entrañas al consumir los recuerdos de mi vida. Quizá lloré por dentro lágrimas de fuego. Pero sin quizá decreté irrevocablemente la muerte de aquellas gentes. — No, no más amigos.....

Una tarde (me parece que lo estoy viendo), una tarde seguía yo tranquilamente las ondulaciones de la llama, que reflejaba en el muro las angustiosas caras de mis amigos tostados á la parrilla, cuando salieron de la humareda unos ojos francos y valientes, que me miraron con lealtad cariñosa desde el fondo de unas pupilas verdes; una frente byroniana; unos surcos que se reían á hurtadillas en una cara de joven; una cabeza de artista, inteligente y pensadora..... Después salió todo el cuerpo, y con el cuerpo unos brazos que se extendieron afectuosamente buscando los míos.....

Ignoro si fué espejismo de la distancia, ó si tendría mala la vista; lo que sí sé es que desde

805 D54
Oso 1891

aquella tarde tengo la honra de ser el compañero de Joaquín Dicenta.

*
* *

Dije honra, y voy á explicarme. Tengo el deber de declarar solemnemente que no he contraído deudas de gratitud con Joaquín Dicenta. Cuando tomamos juntos una jarra de cerveza, la pagamos á escote. El artículo *Nota bohemia*, que precede á mi último libro, no es, en verdad, un aplauso excepcional. Decir que no soy un bandido, y en decir que no lo soy está la tesis del artículo, paréceme que no es mayor bombo dedicado á mi persona.

Para las cabezas verdaderamente pensadoras, tan difíciles de encontrar aunque se las busque con un farol menos opaco que el de Diógenes, Joaquín Dicenta, con sus pedreas de chico y sus reyertas de hombre, será siempre un carácter íntegro y un corazón sano. Más altivo que D. Rodrigo en la horca; más independiente que un

salvaje de las Pampas; adorando en los talèntos y sentimientos de su madre — y la madre es el Dios de los creyentes de ahora — y muriéndose de pena por unos ojos «claros, serenos.....»; con muchos ensueños de poeta y con muchas realidades de pensador, Dicenta es, sin embargo, reo de gravísimo delito ante el tribunal del «común» de las gentes: el delito de haber sacrificado más de una vez su reputación al éxito de una *bronca* ó al de una frase fuerte que con seguridad le repugnaba allá en lo recóndito de su espíritu.

Pero lo mismo en la vida pública que en la vida privada, Dicenta forma en las filas de esa vanguardia de revolucionarios que son primero niños sublimes que no miran el ayer ni se preocupan del mañana; después, jóvenes generosos que derrochan el talento como derrochan la vida, y en fin, combatientes aguerridos que, polvorientos y sangrando, marchan á buen paso hacia la montaña del ideal, dejando atrás el pasado y diciendo: «¡Muera!»

II.

Hace mucho tiempo que Dicenta vive en el mundo de las letras. Sólo que ha vivido tumbado á la bartola en las faldas de la musa. Pero así como cualquiera chula, por muy encaprichada que esté, suele cansarse de recibir desdenes y malos tratos, así la musa de Dicenta se sacudió al fin las arrugadas faldas, y con timbre de voz un tantico agrio, á la par de enamorado, dijo al dormilón poeta: «Vaya, chico, basta de *coba*..... ¡á trabajar!»

Y Dicenta despertó entonces á la vida pública. Pero ¿cómo despertó? Bajo el doble aspecto de pájaro y fiera. Con arrullos de tórtola y rugidos de león. Con *El suicidio de Werther* y el *Spoliarivm*.

De *El suicidio de Werther* no he de apuntar cosa en este artículo, como no sea la noticia anticipada de que, al igual de Sellés, será Dicenta en el teatro una personalidad de mucho cuidado. Lo demás lo diré á su tiempo.

En cuanto al *Spoliarivm*, vale decir que es un

manojo de fibras, sobre las cuales predomina vigorosa la fibra del poeta. Porque, ante todo y sobre todo, Dicenta es poeta: lo mismo si escribe en verso que si escribe en prosa; igual cuando ama que cuando odia; en todas partes, á todas horas. Tiene la poesía diluída en la masa de la sangre. A esa poesía se la ve fluir espontánea y vistosa, clara y abundante, bajo la urdimbre de los trabajos encerrados en el marco del *Spoliarivm;* trabajos correctos, elocuentes, brillantes, que tienen, por otra parte, y á mayor abundamiento de bellezas, salpicaduras de lágrimas y borbotones de indignación.

El *Spoliarivm* de Dicenta tiene los tonos tristes y las negruras de fondo del genialísimo cuadro de Luna. Como en esta creación del artista, hay en aquella creación del escritor una atmósfera tormentosa y sombría, caldeada por emanaciones de sangre caliente é invadida por el rastrear de sombras de muerte. Cada uno de los artículos del libro es un gladiador muerto. Riñó batallas, luchó en la arena del combate, y mordido en el corazón por esa fiera que se llama SOCIEDAD, viene cho-

rreando sangre á servir de despojo, luego de haber recogido en el circo, como recompensa única acaso, la mirada amorosa de unos ojos «claros, serenos.....» Aquel cadáver, arrastrado brutalmente por los suelos, con los puños crispados y la boca entreabierta en señal de cólera, pudiera ser *Juan José*, el reo culpable del crimen de haber nacido entre nosotros..... Ese energúmeno, que se abre paso forcejeando con el atlético brazo, como si temiese que le quitaran la codiciada presa, tiene todas las trazas del juez que condujo á *La Infanticida*, entre considerandos jurídicos, camino del patíbulo..... A manera de buitres que se disponen á desgarrar entrañas de muertos sobre el campo de batalla, así invaden el local del despojo, en el *Spoliarivm* de Luna, turbas asesinas que son, en el *Spoliarivm* de Dicenta, los buenos vecinos del mundo, tan propicios á dar la acera á *Juanito Fernández* como á sepultar en un pudridero de la calle el alma de *Encarnación*, cuyo cuerpo les sirviera para golpearlo contra las piedras, á guisa de pelota de carne cruda, despedida á capricho de jugadores.

Sombra de sombras el *Spoliarivm* del pintor y el *Spoliarivm* del poeta .... Sombra de sombras, entre las que se destaca luminosa, y contrastando con tanta figura de fiero continente, una mancha de suavísimos contornos, una mujer en actitud de resignada melancolía, destrenzada la copiosa cabellera y humillada la artística cabeza, como si la abatiesen penas insolubles, ó como si sus ojos buscaran todavía, flotando en aquel lago de sangre, los pedazos del vaso roto y las hojas desprendidas de *El Tiesto de rosas*.....

L. Bonafoux.

Madrid, Agosto de 1887.

extraña de lástima burlona y de crueldad compasiva.

Yo, sin reparar en su actitud, animado por el entusiasmo de la inexperiencia, atravesaba ufano el ancho campo de mis futuros proyectos, y no eran suficientes á detenerme en mi entusiasta peregrinación ni las escasas advertencias esparcidas en el limitado círculo de mi trato social, ni las experiencias que en mis varias lecturas pude recoger.

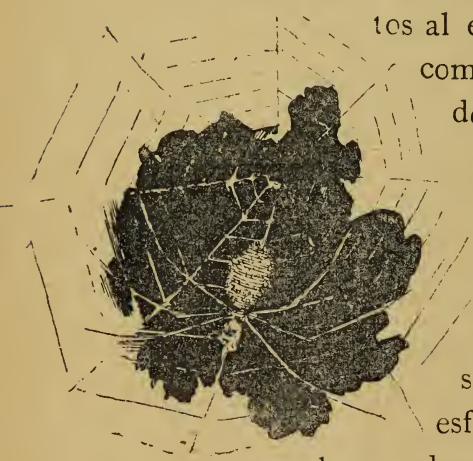
Para mí todo mal tenía remedio, toda servidumbre redención, toda miseria amparo, todo error disculpa y todo crimen castigo. Mi esfuerzo, juntándose al esfuerzo de otros que como yo pensaran, sería bastante á disipar las incorrecciones sociales, y santas ideas de bien, de virtud, de amor, de justicia, surgirían de aquella lucha para iluminar el mundo.

Este porvenir risueño veíalo yo próximo y seguro. La juventud es como el sol: dora los abismos sin pararse á contemplar las monstruosidades que su luz descubre.

De pronto, en lo más animado de mi peroración, sentí que me agarraban por un brazo, y ví á mi compañero señalar fríamente hacia un ángulo de la tapia, mientras murmuraba con sarcástica voz: *Mira.*

*
* *

Encaminé los ojos al punto señalado, y allí, adherido á la tapia, ví un jirón gris, polvoriento, flotante..... Era una red de araña que, apoyando sus costados en la pared, se destacaba de ella en forma poligonal, para morir luego en el fondo obscuro de un agujero informe. De aquel agujero salía la muerte. En la parte libre de la red, sujetos al extremo de hilos finísimos, como suelen estarlo al cáñamo de la horca las víctimas de la justicia humana, pendían cuatro ó cinco cadáveres de insectos, y en el punto medio del polígono una mosca, víctima de su imprevisión ó de su ignorancia, se esforzaba inútilmente para librarse de las mallas que la oprimían. Aquella sujeción era horrible para la infeliz prisionera; así debía comprenderlo ella, cuando agitando sus alas con zumbido angustioso y sacudiendo sus temblorosas patas con trémulo compás,



procuraba huir, volver al espacio, á la luz á su antigua existencia, truncada por un golpe brutal de la suerte.

¡Inútil deseo! La red defendía su presa con implacable testarudez, y la mosca luchaba en vano, retorciendo angustiosamente su débil y amenazado cuerpecillo.

De pronto, á la entrada del agujero, apareció la araña. Sus garras vellosas, terribles en aquel instante, avanzaron sobre la red; su cuerpo, destacándose entre las sombras de su guarida como otra sombra más, oscilaba pausadamente. La víctima, en presencia de su enemigo, cesó de moverse, agarrotada por el espanto.

—¡Desdichada!—grité yo á mi amigo.—¡Salvémosla!

Y con brusco movimiento extendí la mano para romper la tela; la araña, al verme, retrocedió furiosa; el insecto cautivo abrió las alas y quiso huir; yo, decidido á protegerle, avanzaba un paso, cuando mi compañero me detuvo.

—¿Qué vas á hacer?—dijo.

—Salvarla—repuse yo.

—¡Salvarla! ¿Para qué?.....

—Para que viva, para que goce de su libertad, para que sea feliz, como lo soy yo, como lo eres

tú, para evitar un mal, para hacer un bien, para ser justo..... para eso. Mira — añadí — nada tan hermoso como una buena acción, siquiera recaiga en el más ínfimo de los seres. Sí, salvémosla; seamos justos.

—¿Y tú crees que salvándola seremos justos?— replicó mi compañero.—No—siguió diciendo con su voz cortante como el filo de un hacha;—no, y cien veces no. Salva á esa mosca, si así lo quieres, pero medita bien lo que haces. La araña, por ley de naturaleza, vive sujeta á las mallas de esa red, que son su elemento de vida; cuanto cae dentro de su radio le pertenece, es suyo; ella no tiene culpa de la crueldad que informa sus acciones; no la tiene ni de su voracidad, ni de su furia. Su instinto la obligó á refugiarse en ese agujero lóbrego; su instinto la obligó también á tejer esa tela destructora. Así fué hecha, así existe. El acto de nacer implica el derecho de vivir, lo mismo en la araña que en el hombre. Si esa mosca que tiembla con espanto fué lo bastante irreflexiva para dejarse aprisionar, la araña, devorándola, no se venga; obedece simplemente á necesidades de su organismo. La mosca volaba hace un instante, libre, feliz..... tropezó en esa red y cayó en ella, porque debía tropezar y caer. Ese era su destino: caer.

La araña estaba en acecho de una presa; la presa llega á su alcance y se dispone á devorarla. Ese es su destino: devorar..... ¿Tú quieres oponerte? ¡Locura!..... No lo hagas. Deja que se cumpla el destino.

—No—repuse yo sin apartar la mano de sobre la cenicienta red,—no; te engañas. Mi deber consiste en salvar á ese insecto; él representa la debilidad, la desgracia, la impotencia, el ruego; su enemigo, el poder, la fuerza, la crueldad, el triunfo: son el verdugo y la víctima, horrible el uno, suplicante la otra; librar á ésta de las garras de aquél, es hacer un bien; el bien no razona, no quiere razonar, no puede razonar..... No te opongas á mi decisión, porque sería inútil.

Y dispuesto á cumplir mi promesa, procuré desasirme de mi compañero; pero éste, sin soltar mi brazo, exclamó con acento convencido y despótico:

—¡Déjala, insensato, déjala! ¿Quién eres tú para oponerte á leyes inmutables? ¿En qué razón te fundas para obrar así? ¿En la razón del bien? Te engañas. El acto que pretendes realizar no es justo, pero tampoco es bueno. ¿Es tu ánimo salvar á ese insecto, sólo á ese? Pues tu bien resulta estéril, completamente estéril; no impe-

dirás con ello que otros insectos se enreden en las mallas de esa tela, ni que la araña los devore. Salvar uno entre mil es injusta y ridícula pretensión que nada resuelve. ¿Tratas, por ventura, de pasar la vida en este sitio librando á todas las víctimas que se aproximen á él? ¿Sí? Pues entonces cometerás un crimen tan horrible como el que intentas dirimir. Esa araña negra, vellosa, deforme, tiene derecho á la vida. ¿Vas tú á privarla de su alimento? Sea en buen hora; salvarás á las moscas y matarás de hambre á la araña. Este es el dilema. Además, matando á esa araña, ¿consigues algo? ¿Es la única? Y si no es la única, ¿qué pretendes? Loco, y más que loco, necio, deja que el destino se cumpla en esto como en todo. La mosca es el derecho de la araña. Respétalo.

Yo, herido por aquella lógica brutal y convincente, retrocedí un paso, dejé caer los brazos á lo largo del cuerpo y permanecí inmóvil. La araña, aprovechando mi descuido, dió un salto formidable, salto de tigre, y cayó de golpe sobre la mosca, que aleteaba angustiosamente. De un zarpazo la partió en dos, y rápida, satisfecha, orgullosa de su triunfo, penetró en su caverna, arrastrando el ensangrentado cuerpo de la víctima.

Cuando alcé los ojos, un cadáver más oscilaba en los bordes de la red; lo miré tristemente, y mi compañero, señalándome con imperioso gesto los pájaros que picoteaban el sazonado fruto de la higuera, los insectos que robaban su jugo á las flores, el sol agostando la mies, los chiquillos golpeándose furiosos por la granada caída del árbol, el lagarto en acecho de una presa y la muchacha restregando sobre enaguas y camisas un trozo de jabón que se deshacía como el placer en burbujas irisadas y pasajeras, me dijo con voz grave, no exenta de amargura:

—Esa es la ley. Cúmplela, déjala cumplir. Ya llegará un día en que sus mallas te sujeten como esas mallas sujetaban al insecto que pretendiste salvar, y caerás, como él, sin que nadie pueda torcer las inflexibles determinaciones de tu destino.

JUAN JOSÉ.

Nació por una de esas leyes ineludibles de la naturaleza. Así como el choque de dos electricidades contrarias produce el rayo, la aproximación de un sexo á otro le produjo á él.

Su madre era una mujer que comerciaba impúdicamente con su cuerpo; amante del lujo, an-

siosa de obtenerlo, no perdonaba medio alguno para lograrlo; se entregó á un hombre, como lo había hecho ya con muchos, por codicia, buscando un interés nuevo á su hermoso y repugnante capital. El hombre satisfizo un capricho de su organismo y se alejó; acaso no haga ni memoria de tal acontecimiento.

Efecto sublime de una causa miserable, aquella mujer sintió algo que, al agitarse en sus entrañas con destellos de vida, deformaba su cuerpo, borrando la belleza de sus contornos, aminorando su valor intrínseco. Comenzó por despreciarle y acabó por aborrecerle. Ella decía: «Este ser que me hace madre, ¿para qué me sirve? ¿he pedido yo á Dios que me le conceda? No. Entonces, ¿á qué viene? ¿por qué se agita y cobra elementos de existencia dentro de mí? Y una vez en el mundo, ¿qué obligaciones debo yo á esta criatura que comienza su carrera por desfigurar mi rostro, cortándome los vuelos un espacio de tiempo determinado?»

A impulsos de lógica tan cruel, su odio crecía, y este odio depuraba las ideas de aquella mujer en el crisol del crimen. La fiera afilaba sus garras para vencer el obstáculo que la detenía.

Engendrado sin amor, por sorpresa, aborrecido

antes de nacer, el niño cuya historia pretendo describir vino al mundo en el revuelto lecho de una mancebía. Le costaba trabajo vivir; como presintiendo muchos temores y muchas angustias en su futuro estado, resistíase á ocuparlo; vencido al fin, rodó sobre la cama; la madre lanzó un suspiro de placer al verse libre de tamaño peso, y sus compañeras, pasando al hijo de una en otra, le denostaron con palabras estúpidas, á las que él respondía con amargo llanto.

Vuelta en sí la madre, le presentaron al recién nacido. «¿Qué haré yo de esto?» He aquí la única expresión que brotaban los labios de aquella tigre. Ni un beso, ni una frase cariñosa; ninguna prueba de afecto dieron su voz ó sus brazos. Le acostó junto á ella, la dejaron sola y se durmió, como si tal ser no existiera.

Esta fué la primera noche de un ángel.

La segunda revistió formas aun más sangrientas; guardó con la pasada relaciones iguales á las que existen entre una idea y un hecho. La madre desnaturalizada, obedeciendo á un plan de largo tiempo concebido, esperando á que reposaran todos en la vivienda infame, alzóse del lecho, envolvió al niño, que dormía profundamente, en un trozo de lienzo, le atrajo hacia sí, no para prote-

gerle, sino para ahogar su voz si despertaba, y cautelosa como una hiena, atenta al más leve rumor, deslizóse sombría, fatal, á través de los obscuros corredores.

Ya en la calle, después de avanzar algunos pasos, dobló la esquina y miró á todas partes. Estaba sola, sin testigos que la delataran. Ni Dios ni su conciencia podían serlo; desconocía al uno y á la otra. Arrojó el estorbo sobre el empedrado, como si fuera un objeto insensible, y se alejó rápidamente.

Pobre flor de inocencia, al entreabrir sus pétalos perfumados, el infeliz expósito vióse ante dos abismos, á cual más espantosos, prontos á devorarle.—Una muerte próxima y una sociedad indiferente.

*
* *

Aquel fruto de infamia fué recogido en su abandono por una mendiga, la cual, obedeciendo no tanto á sentimientos de caridad como á cálculo especulativo, le llevó á su casa. Allí, después de envolverle en unos sucios y amarillentos andrajos, le dió de mamar; le tendió en el humilde le-

cho donde reposaba un hijo suyo de pocos meses, y se entregó al descanso.

A la mañana siguiente, mañana lluviosay fría del mes de Febrero, la mendiga, cuidando de no despertar á su hijo, cogió al expósito bruscamente y le condujo á través de las fangosas calles en demanda de una limosna suficiente á cubrir sus atenciones. Con el pobre recién nacido en brazos inspiraba lástima; y cuando su voz quejumbrosa pujaba lamentos reclamando un pedazo de pan para el hijo de sus entrañas, muchos se apresuraban á satisfacer los deseos de la industrial desconocida.

El fruto de tales quejas fué cuantioso, relativamente, y la mujer volvió á su hogar satisfecha de aquella inesperada adquisición; cuando entró en su cuarto, el hijo suyo, no el apócrifo, el verdadero, le tendió los brazos, y ella dijo al besarle:

—¡Pobrecito, á no ser por éste, te hubieras muerto de frío!

Desde entonces el huérfano, que para diferenciarse de los otros seres necesitaba un nombre cualquiera, le tuvo. Su madre adoptiva, por ca-

pricho acaso, acaso por recuerdo, le llamó Juan José.

Esto fué todo.

*
* *

Pasó el tiempo. Ya emitía el niño, con frase torpe é insegura, infantiles pensamientos, que nadie se ocupó de dirigir. La mendiga, cariñosa en extremo para con el otro, que aunque nada hiciera había salido de su vientre, guardaba para este desgraciado sus horas de mal humor, sus dicterios y vejámenes.

Cuando Juan José (obediente y sumiso como un perro) tuvo cuatro años, agarraba con su manecita el vestido ó pantalón de los transeuntes, pidiendo con faz compungida una limosna, entregada luego á su madre, que, recostada en el quicio de una puerta, guardaba en su bolsillo, caja de tan repugnante tráfico, el interés que la producía el pequeñuelo.

Los transeuntes miraban á Juan José, unos con desprecio, otros con lástima, los más con indiferencia; y el pobre muchacho, sin encontrar amor

en nadie, fué creciendo, y al crecer pensó, y al pensar halló en su vida algo extraño: diferencias grandes entre él y el resto de la sociedad. Quiso buscar la causa de estas diferencias, y tomó como punto de partida las que le distanciaban de su hermano. Aquél en su casa, y él en la calle buscando alimento para los dos. ¿Qué era aquello? ¿por qué era aquello?

Esta idea, grabada en su joven imaginación, le obligó á reflexionar:

El hombre, al verse atacado, busca medios de defensa.

Una noche, ya tenía trece años, preguntó á la que consideraba por madre los motivos de tamaña injusticia, y ella, como argumento irrebatible de sus razones, le respondió:

—Tú no eres hijo mío. Yo te recogí en medio de la calle y te presté ayuda. De más hago.

Juan José no supo qué contestar; avergonzado, lleno de confusiones, se refugió en su lecho.

Pasaron las horas; el adolescente no dormía, meditaba, y término de sus meditaciones fueron las siguientes frases, que mentalmente pronunció:

—Puesto que no soy hijo suyo, no estoy obligado á pedir para ella ni para el otro. Que pida él.—Y al día siguiente salió solo como de costum-

bre, como de costumbre pordioseó; pero al volver á su casa, lo hizo sin dinero.

—¿Cuánto traes?—preguntó la mujer.

—Nada.

A tal respuesta siguióse un golpe que arrancó un grito, grito rabioso, réplica justa á una agresión inmotivada.

Cuando la mendiga, furiosa, quiso secundar la agresión, Juan José no estaba; al sentirse herido, dió un salto formidable y se alejó.

El instinto de libertad, innato en el hombre, le atraía.

*
* *

Sabido es cuánto influyen en el individuo sus condiciones fisiológicas. Esa causa ignorada que regula y dirige las acciones humanas, dotó á Juan José de una organización ardiente, reflejada en los menores detalles de su vida, en las más leves manifestaciones de su espíritu. Aquel temperamento absolutamente meridional, repleto de deseos, ávido de goces, buscaba afanoso una ocasión para demostrarse, y la encontró. Hizo durante cuatro ó cinco años la vida propia del pilluelo de

todos los países, hasta que un accidente, previsto por la marcha progresiva de los acontecimientos, le arrancó del vacío donde se agitaba, grabando con trágicas líneas su paso por el mundo.

II.

Una mozuela, bella y graciosa hasta el descaro, de libres costumbres y equívoca conducta, gustó de él. Acostumbrada á manifestar sus impresiones tal cual las recibía, no tardó en indicarle sus deseos; y Juan José, que, hasta entonces, sólo había encontrado en el mundo desprecio é indiferencia, vió nuevos horizontes que, al mostrarse á sus ojos, le ofrecían un porvenir de ventura.

El cariño que Rosa (así se llamaba ella) parecía tenerle era la tabla salvadora á que procuraba asirse el náufrago, abandonado en los borrascosos mares de la sociedad; las pasiones, dormidas en su corazón, despertaron; al verse querido, sintió agitarse la sangre de sus venas con precipitado ritmo, y trémulo, delirante, se arrojó en los brazos de aquella mujer, únicos que se abrieron en la tierra para recibirle cariñosos.

Rosa lo fué todo para él, porque decía: «Yo,

que nada valgo en el mundo, represento para ella algo que estima como suyo propio. Rosa es, por esta razón, mi madre, mi hermana, mi querida todos los afectos en uno. ¿Qué podrá pedirme que yo no me apresure á concederle?»

Acordes por esta vez cerebro y corazón, el mozo llevó su apasionada idea al límite, y, adivinando los menores caprichos de aquella mujer, se apresuraba á complacerlos. Esa esclavitud dulce que no hiere, porque es voluntaria, le había amarrado á su cadena, y Juan José, inexperto, alucinado, no podía comprender que tal situación pudiera conducirle á un extremo horrible, abismo monstruoso, en cuyo borde el pie tropieza y el hombre cae.

Rosa, acostumbrada á respirar la viciada atmósfera donde viven esas hijas espúreas del impudor, sentía necesidades imposibles, difíciles de realizar. Juan José le sacrificaba el fruto miserable de su trabajo; pero esto era poco, apenas si bastaba para comer, y ella, señora absoluta de aquel corazón noble, de aquel carácter arrebatado, le precipitó.

Una noche en que el mozo volvió, como todas, á su casa, rendido por el cansancio, abrumado por la fatiga, encontró llorando á su querida.

—¿Qué tienes?—dijo.

—Nada—respondió ella.

—¿Cómo nada? Por nada no se llora. Tú sufres y yo tengo derecho para averiguar los motivos de tu pena. Dímelos.

Cuanto más insistía Juan José, era mayor la resistencia de Rosa. Al fin, como venciendo trabajosamente su repugnancia, exclamó:

—Lloro porque el frío comienza á sentirse y no tengo mantón que ponerme; me voy á helar este invierno.

Juan José, aterrado por aquella noticia, no supo qué responder. Con la cabeza hundida entre las manos retrocedió convulso, mientras Rosa le miraba fijamente.

La escena era angustiosa, la situación apurada; el hecho se impuso brutalmente, y en presencia de aquel hecho veíanse á la mujer esperando y al hombre inmóvil. Miseria á un lado, necesidad á otro. Suprimir la primera y satisfacer la segunda con la impotencia por instrumento y la pasión por acicate, he aquí el problema, problema gigante que aquel hombre, ni instruído ni moralizado, debía resolver. Ese aparato cuyo mecanismo incógnito nos hace pensar, trabajaba dentro de su imaginación impetuosa; nubes de tempestad agrupándose sobre su cerebro, le obscurecían; Juan José

meditaba. De pronto levantó la cabeza, las nubes se abrieron y brotó el rayo.

—¿Te hace falta mantón?—gritó con voz ronca.—Lo tendrás.

Y abandonó el cuarto con actitud resuelta.

¿Dónde fué? ¿Quién lo sabe? Pero es lo cierto que al rato volvió, y arrojando un puñado de monedas sobre la mesa, dijo:

—Compra el mantón, Rosa.

—¿De dónde has sacado ese dinero?—le preguntó ella.

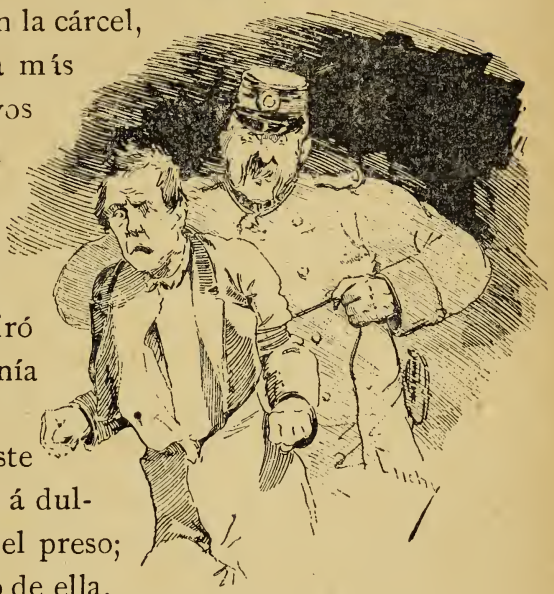
—¿Qué te importa? ¿No lo necesitabas? Ahí lo tienes.

El problema estaba resuelto, y como último término de la solución se leía esta palabra: «Crimen.»

*
* *

Juan José, preso al día siguiente, entró en la cárcel. Confundido con aquella gente viciosa y corrompida, para quien la fuerza es derecho y el golpe persuasión; obligado á vivir entre hombres de crueles instintos y salvajes procedimientos,

procuró hacerse lugar y le tuvo; su brazo le abrió camino, era fuerte, y en la cárcel, donde la ley no entra más que para acogotar vivos ó levantar cadáveres, la fuerza es un derecho, derecho tan justo como necesario. En ese derecho se inspiró Juan José. No tenía otro.



Rosa le visitaba, y este consuelo era suficiente á dulcificar las amarguras del preso; contando con el cariño de ella, ¿qué le importaba todo lo demás? La esperanza, asida con fuerza de su corazón, resistíase á abandonarle, y el mozo, gozando tal impresión, esperaba el momento de su libertad.

Bien pronto, sin embargo, cambióse el aspecto de las cosas. Sentenciado á tres años de presidio, partió sin verla; y desde entonces ni una carta, ni una frase en contestación á las suyas recibió el acongojado presidiario.

¿Qué era aquello? ¿Cómo Rosa, causante de su desgracia, le abandonaba? ¿Cabía esto en lo posi-

ble? El no podía creerlo, y, no obstante, la realidad se impuso.

Al verse solo, Juan José no luchó, se dejó guiar. Abandonado por su querida, escarnecido por el mundo, solicitó de los seres que iban á ser sus compañeros protección y amparo. En aquellos patios sombríos aprendió cuanto aprender puede una imaginación ardiente y contrariada; el ejemplo, que tan poderosamete influye en nosotros, le ofrecía el espectáculo de escenas repugnantes y horribles, á las que su vista se acostumbró. La semilla dió fruto, y el criminal inconsciente fué criminal por oficio.

Cuando, cumplida su condena, le anunciaron que estaba libre, alzó la frente, una blasfemia horrible brotó de sus labios, y rápido como el tigre á quien abren la jaula, abandonó el presidio.

*
* *

Indagando aquí, preguntando allí, supo al fin que Rosa, enamorada de otro, había encontrado en la ausencia lenitivo bastante para su mal, y en el olvido ancha sepultura donde ocultar el recuerdo de un ladrón.

Tal nueva le aterró, y durante una noche de

insomnio, su mente, impulsada por la venganza, trazóse un plan cuyos funestos resultados me es imposible traer á la memoria sin que mi corazón se estremezca.

Quien hubiese visto á Juan José con los ojos inyectados, la faz lívida y el cuerpo trémulo, recorrer, ya precipitadamente, ya con lento paso, la humilde habitación que le albergaba, hubiese temblado. El alma, en sus inquebrantables leyes, siente, como los seres físicos, impulsos y atracciones ineludibles. Cuando su inmovilidad se perturba, el efecto guarda perfecta y armónica relación con la causa; y el presidiario pervertido, el hombre ultrajado, al verse solo, sin el afecto de la mujer origen de sus desgracias, sintió vehementes impulsos de odio, sed inextinguible de sangre. Una voz interna le decía: «Te han herido, hiere.» Y la generosidad y la esperanza huían de su corazón para ceder el paso á una imagen sangrienta.

III.

Al día siguiente se dirigió á la casa donde vivía Rosa, subió temblando y temblando llamó á la puerta.

Una voz de hombre que le rasgó las entrañas, dijo: «Abre.»

—Voy—respondió Rosa.

Juan José oprimió nerviosamente el mango de un cuchillo, y con el oído atento y el cuerpo firme esperó á que le abrieran.

Al girar la puerta sobre sus goznes, Rosa reconoció á su antiguo amante y quiso huir, pero él, sujetándola con fuerza, la hundió el puñal en la garganta y siguió avanzando.

El que estaba dentro acudió, y Juan José, mostrándole el cadáver, le dijo:

—«Ya que no has podido defenderla, defiéndete.»

Una lucha espantosa siguió á estas palabras. Aquellos hombres, ansiosos de matar, se amagaban, se herían, sin conseguir su objeto..... De pronto Juan José dió un salto formidable, el otro lanzó un rugido, quiso sostenerse y cayó.

Cuando la gente, avisada por las voces, subía, Juan José, adelantándose hasta el centro de la habitación con el ensangrentado cuchillo en la diestra, exclamó con acento breve, seco y nervioso:

—«Yo he sido.»

*
* *

Al tener noticia del espantoso crimen, la sociedad, herida en sus fundamentales principios, reclamó justicia. El asesino subió por el mandato de sus leyes las gradas del patíbulo, y la *vindicta* pública se satisfizo. Mas ¡ay! si en el último trance, cuando la fría argolla oprimía su cuello y un populacho estúpido le miraba, el hombre se hubiese alzado con la faz cárdena por la asfixia y la voz ronca por la angustia, ¡qué de razones no pudiera aducir en su favor aquella víctima de la sociedad, que un crimen trajo al mundo para que otro crimen la arrancara de él!

CARNE DE JUERGA.

ENRIQUETA..... ¿Quién se acuerda ya de Enriqueta? Y, sin embargo, en estos primeros días de Noviembre, destinados por el mundo á rendir culto á la materia en descomposición,

nadie con más derecho, ninguno más á propósito para recibir ese culto que aquella mujer, aquella hermosa estatua de carne blanca y dura, que encerraba dentro de su cuerpo—si encerraba algo—la menor cantidad de alma posible, la suficiente para animarla, para despertar en su cerebro vibraciones que parecían ideas y en su corazón latidos que se disfrazaban de sentimientos; un organismo espiritual rudimentario; nada, ó tan poco, que ni aun vale la pena de ocuparse en ello.

Enriqueta no fué buena ni mala, inocente ni culpable, sensible ni insensible, fué hermosa; he aquí su única y exclusiva condición.

Verdad es que tampoco necesitaba de otra. Nadie se ocupó de pedirle sentimientos; todos se consideraban bien pagados conque les ofreciera sensaciones, sensaciones rápidas, alegres, fugitivas, momentáneas, algo así como el efecto producido por la música francesa, por esa música chispeante y sensual, cuyas notas deleitan el oído con voluptuoso cosquilleo y se alejan después sin que el alma se dé por advertida de su presencia.

Enriqueta se hallaba maravillosamente organizada para responder á todas las solicitaciones del deseo. De músculos potentes, de piel fina, exube-

rante de vida, espléndida de formas, repleta de goces, pródiga para darlos, insaciable para recibirlos, ajena al cansancio, habituada á la orgía, saliendo de ella como de un baño de juventud, sin quebrantos por lo que fué, dispuesta á comenzar de nuevo, sin amar á nadie, sin odiar á nadie tampoco, podía encontrársela siempre con la cara fresca, los ojos secos y los labios húmedos, procediendo, por manera inconsciente y fatal, con la regularidad uniforme de una máquina.

Y eso era, después de todo, una máquina de placer.

No una mujer, un sexo.

A mí hubo de parecerme, cuantas veces tuve ocasión de verla, un objeto curioso, un ejemplar digno de estudio; y ayer, contemplando la fosa común de uno de los cementerios de esta corte, campo neutral, montón de tierra movedizo y obscuro, catálogo anónimo de muchas miserias y de muchos infortunios, anónimos también, di en la cuenta de que en aquella fosa olvidada de todos, recogida por el amor disolvente de la tierra, disfrutando seguro y cómodo hospedaje, reposaba Enriqueta, la que no tuvo en vida ni hogar propio ni amante fijo. Y al pensar en ello, hubo de ocurrírseme escribir este artículo, que no es la

historia de un ser, sino la necrología de un estimulante.

*
* *

Estimulante poderoso, enérgico, nacido allá en las últimas capas humanas, desde las cuales había subido á las primeras, bien así como por el tronco torcido y grosero de algunos árboles sube el germen envuelto con la savia para encaramarse á la punta de la rama más alta y brotar por ella en forma de botón sonrosado al principio, en la de fruto espléndido luego. Fruto que, apenas visto por el enjambre de pájaros que anidan en las ramas del árbol, despierta sus codicias y agita sus alas con estremecimiento voraz, hasta que todos juntos se lanzan sobre él, con el pico entreabierto y los ojos brillantes, esforzándose cada uno de por sí en llegar el primero, riñendo con furia, estorbándose el paso, avaros de la presa, que es mordida por uno, y después por otro, y al fin por todos, que la embisten en tropel desordenado y confuso.

A cada picotazo se abre una herida sobre la corteza del fruto, que brinda su jugo á los hambrientos solicitadores con igual y pasiva indiferencia, hasta que seco, rugoso, marchito, destrozado por fuera, roído por dentro, impotente para atraer

ninguna mirada, inútil para satisfacer ningún apetito, cae al suelo, se hunde con golpe sordo en el primer surco que la tierra le ofrece, y allí se descompone, prestando, con las últimas partículas de su sustancia, elementos de vida á otros gérmenes, manjares nuevos que condimenta para sus festines la naturaleza glotona.

Esa historia es, en síntesis, la historia de Enriqueta. Yo la he visto ostentando descaradamente su juventud en presencia de una turba impaciente y nerviosa que se arremolinaba en torno de su cuerpo con ansia febril, ofreciéndola, á cambio de él, la fortuna, la sangre, el honor á veces; seres decrépitos, no por la edad, por el vicio; muchedumbre de gusanos hambrientos agrupándose sobre aquella flor, pidiéndole, no su perfume, porque no lo tenía, sino algo de su vida exuberante y de su sangre fresca, como si en ella pudiesen

encontrar la fuerza y la robustez que les faltaba. He visto eso y he visto al propio tiempo cómo rodaba aquella mujer de orgía, en orgía, de placer en placer, de capricho en capricho, pasiva en medio de su actividad, indiferente en medio de sus goces, pasando de amante en amante más que por voluntad por destino, mostrándose orgullosa de algunos, más que por determinaciones de la inclinación por el influjo que ejerce sobre todo animal lo que es extraordinario y hermoso: orgullo semejante al que experimenta un caballo de pura raza cuando oprime sus lomos un buen jinete.

Así, desgastada por aquel esfuerzo continuo, por aquel vértigo incesante, fué marchitándose poco á poco, á pesar de su consistencia y de su poder, Enriqueta, la carne de juerga, de la que cada transeunte se había llevado una fibra; y estrujada, inservible, vaciló algunos meses entre las angustias de la miseria, y cayó más tarde en el lecho de un hospital para morir sola, sin dejar un recuerdo, sin despertar una pena, arrojada en el olvido, como lo que era, como un sobrante de la orgía humana.

Aún recuerdo el aspecto que ofrecía su cuerpo acostado sobre una losa del depósito de cadáveres. Allí estaba Enriqueta lívida, descarnada, horri-

ble. Había desaparecido hasta la última sombra de su belleza; la dió íntegra para satisfacer las codicias del mundo; hasta sus cabellos, su último encanto, el único que no pudo arrebatársele en vida, se le arrebataron después de muerta, trasquilándola brutalmente. Todo lo aprovechable se había aprovechado; ya podía caer en la fosa como el fruto podrido cae entre los surcos del terreno.

Y cayó, y en la fosa se disuelve y se transforma, prestando, con sus restos en descomposición, elementos de vida á la vida de otras sustancias y de otros seres.

* * *

No creáis que voy á pediros para ella una lamentación ni una lágrima; no las merece; tal era su destino; si vosotros tuvisteis alguna parte en él, yo no he de recordarlo; tampoco ella ha de protestar.

Pero ya que no os ocupéis de su memoria ni para sentirla ni para despreciarla, no la olvidéis por completo; sed consecuentes, y cuando os encontréis al lado de mujeres que son hermanas de

Enriqueta por organización y por hábitos, acordaos de ella como os acordáis en un banquete de otro banquete que satisfizo y deleitó vuestro paladar y vuestro estómago.

No le deis el agradecimiento del alma, pero dadle el agradecimiento de los sentidos.

«EL QUIJOTE»

DE MI ESTANTE.

En las altas horas de la noche, cuando rendido por el interminable batallar de la existencia, llego á mi cuarto, y ya en él, á solas conmigo mismo, siento agitarse dentro de mi cere-

UNIVERSITY OF
ILLINOIS LIBRARY

bro ideas sin nombre que, ganosas de adquirirle, chocan entre sí rudamente; en ese instante de tregua (si tregua es esto) en que el hombre, apercibiéndose para nuevas luchas, interroga el porvenir, mis ojos cruzan distraídos los diversos objetos que constituyen el adorno de aquella habitación, y muchas veces se detienen y fijan sobre el humilde estante donde mis autores favoritos contemplan, á través de las amarillentas páginas, resumen escrito de sus pensamientos, los temores, las dudas, las esperanzas y los deseos, que por mi espíritu se deslizan como se deslizan las olas por la movible superficie del mar.

A ellos únicamente comunico esas aspiraciones gigantes que todos cuantos vivimos la vida de la inteligencia hemos sentido alzarse poderosas en nuestra imaginación, donde acaso deben morir, de la que tal vez salgan un día para deslumbrar al mundo con su fuego; ellos han sido y son consuelo de mis amarguras, guías de mi inexperiencia, consejeros de mi razón. Verdaderos amigos, á quienes siempre se puede recurrir sin temor de mudanza ó engaño, yo los contemplo con igual respeto al que me produciría un cónclave de ancianos, cuyos labios, contraídos por el gesto doloroso de la experiencia, brotasen la verdad.

Pero entre todos estos autores descuella uno que me es predilecto, y al que me hallo unido por inquebrantables lazos, que más y más se estrechan cuanto más le estudio.

Y me es predilecto, porque su libro suda el dolor humano.

Ese autor es Cervantes.

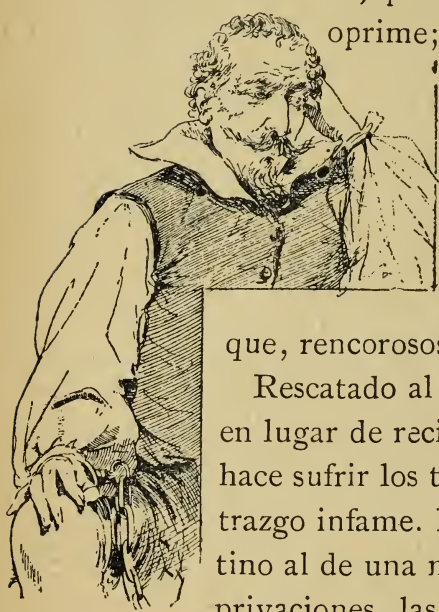
*
* *

Existe manifiesto antagonismo entre la sociedad y los hombres que la iluminan; la sociedad resiste los esplendores del genio; mientras puede los rechaza, y los rechaza con inusitada dureza. Cervantes es prueba concluyente de lo dicho.

Dotado de una imaginación impetuosa, busca horizontes infinitos para espaciarla, y no los encuentra. En vano una vez y otra se revuelve afanoso tras el conseguimiento de su objeto; el mundo que habita le golpea rudamente, haciéndole sentir el peso formidable de su egoísmo. Ganoso de gloria, se acoge Cervantes á las armas, lucha por adquirirla en la más portentosa lid que refieren los mares, y herido por el plomo adversario,

halla como sola recompensa de su heroico proceder una mano de menos y unas cuantas cicatrices de más.

Cautivo en Argel, esclavo de un árabe sin corazón, procura librarse del yugo que le oprime; abandona la casa de su dueño; refúgiase con otros cautivos en una cueva próxima á las orillas del mar, y cuando más seguro del triunfo se juzga, el hombre á quien confiara su persona la vende y entrega á los mismos que, rencorosos, la perseguían.



Rescatado al fin, vuelve á su patria, y ésta, en lugar de recibir á su hijo cariñosamente, le hace sufrir los terribles efectos de un madrastrazgo infame. Lleno de amor, enlaza su destino al de una mujer, y sufre, entre espantosas privaciones, las contingencias de la miseria; se leen sus obras con indiferencia, insúltasele en críticas despiadadas, y como si esto no fuera bastante, los vecinos de Argamasilla le encarcelan y procesan por ladrón.

¡Horrible existencia la de este gladiador sublime, que rueda maltrecho por la arena ensangrentada del circo social! Cervantes, como todos los

grandes hombres, ha sido arrojado bruscamente entre las dentadas ruedas de la espantosa máquina social, y ha sufrido, como cada uno de ellos, esa trituración lenta, más dolorosa que la trituración de la carne : la trituración del alma.

Cuando la obra del mundo termina, esas inteligencias poderosas lanzan un grito, grito formidable, que en Dante es anatema, en Shakespeare rugido y en Cervantes sonrisa.

La sonrisa de Cervantes ocupa un lugar sin límites en los espacios de la idea, y se llama *El Quijote.*

*
* *

¡El Quijote! Yo nunca he podido leer esta obra sin haber sentido contraerse angustiado mi corazón; que el *Quijote* representa algo más de un libro destinado á rematar las disparatadas historias de los andantes caballeros.

Su personaje principal no es tan sólo el hidalgo manchego que, seca la mollera por el continuo saboreo de imposibles hazañas, limpia sus armas, tomadas de moho, y ya en la edad madura se cu-

bre con ellas, y ensillando el cuartago, lleno de las mataduras y alifafes propios á la vejez, abre la puerta del corral y sale al campo, ganoso de encontrar aventuras. Don Quijote es, á mi juicio, el hombre idealista que, caballero sobre su imaginación soñadora, busca en un mundo positivista y práctico la realización de sus ensueños.

Por eso, sólo por eso, viste Cervantes á su héroe de armas inútiles, á las que agrega aquella famosa celada, trocada más tarde por la bacía de un barbero, que diputa como «de oro finísimo»; por eso le hace embestir, ya contra molinos de viento que parten, al volver de sus aspas, el lanzón del andante caballero, ya con brutales yangüeses que le apalean, ya con infames presidiarios que le roban; por eso le obliga á enamorarse de una aldeana, que viene á su encuentro montada sobre prosaico burro, y sólo por eso halla el hidalgo en su camino ventas por fortalezas, y á cuenta de duque y doncellas, venteros ladrones y mozas desvergonzadas.

¿Qué otras cosas sino las que ocurren al hidalgo loco pasan en la vida del hombre soñador?

Vedle cómo se lanza al mundo, ansioso de renombre, y cómo da á los diversos personajes que por él discurren formas y colores que sólo existen

en su imaginación calenturienta. Miradle cómo transforma, de propia voluntad, á la mujer en ángel con vestiduras humanas, y hace del mundo (que sólo es una venta) castillo encantado, y de sus semejantes hombres sin tacha; y contemplad, en fin, cómo acordándose con el personaje de Cervantes, que culpa, no á su locura, sino á magos y encantadores de sus desdichas, culpa también el hombre soñador, de sus desgracias, á la mala fortuna, y no á la sociedad que le rodea.

Se hace notar que, así como cuando tropieza Don Quijote con verdaderos duques éstos se burlan de él, y obligándole á desencantar un escudero barbudo le montan sobre un caballo de madera, y extremando su engaño, le constipan con el viento de unos fuelles y le chamuscan con el fuego de unas estopas, hasta que los cohetes encerrados en el vientre de *Clavileño* dan con el andante y su aventura por tierra, así también cuando el ente soñador se ve delante de otros seres que podrían adivinar sus pensamientos, estos seres se mofan de él, y montándole sobre el *Clavileño* de la esperanza, le alientan con el aire de la lisonja y con el fuego del encomio para reir más tarde, haciendo que sus carcajadas hieran sarcásticamente los oídos del infeliz que se acogió bajo su amparo.

Nada falta á la figura de Don Quijote, que este mentecato vuelve á la razón, ya próximo á morir, y abjura de sus errores en tan supremo trance, único suficiente á extirpar de su cerebro las disparatadas ideas que alimentó.

Por si esto no bastara á corroborar la idea estereotipada en el hidalgo, echa mano Cervantes del contraste y coloca junto á la figura sublime de Don Quijote, que sólo es ridícula por la escasez de sus medios y lo grosero de sus relaciones, la grotesca imagen de Sancho, el escudero que, certificando la locura de su señor, le sigue en cuantas empresas imagina, con el exclusivo objeto de lucrarse de ellas y ver si logra adquirir el gobierno de la prometida ínsula. Es de admirar cómo se mofa de su dueño el zafio aldeano, y cómo le alienta, sin embargo, en la consumación de aquellos disparates que pueden traer beneficio para su bolso ó para su alforja.

Imagen real que existe en el mundo y acompaña siempre al hombre idealista, obteniendo provecho de aquello mismo en que éste sólo ha de encontrar decepciones.

*
* *

¡El Quijote! Libro sublime arrancado al dolor, que sólo en el dolor pudieron templarse aquellos pensamientos de acero, donde Cervantes abjura de sus delirios y maldice de su infortunio. Yo lo he leído cien veces y me hallo dispuesto á leerlo cien más, porque de él he sacado provechosa enseñanza.

En muchas ocasiones, cuando repleta la imaginación de fantasías, quise lanzarme á espacios desconocidos, mis ojos se fijaron en la amarilla cubierta que con letras negras guarda su nombre, y me detuve avergonzado en el camino de mis quiméricas lucubraciones. Cuántas otras, herido por decepción inesperada, llegué á mi cuarto maldiciendo mi fortuna, y él me mostró que es la decepción justo castigo de aspiraciones imposibles, de locuras inútiles, de esperanzas sin fundamento.

Yo reverencio *El Quijote*, porque siempre, á través de esas luchas gigantescas que traban entre sí el juicio y los ímpetus imaginativos, él me prestó su ayuda; y mil veces, cuando la razón, convertida en Sancho de la fantasía, se aprestaba á seguirla en sus disparatadas aventuras, las colosales figuras del libro de Cervantes me anunciaron, ya con sonrisa burlona, ya con desesperado gesto,

lo ilusorio de mis afanes. Ese libro me sujeta siempre que deseo subir más alto de donde puedo llegar; y si alguna vez, olvidando sus experimentadas sentencias, volé á otros lugares de los cuales me ví precisado á descender, rotas las alas y herido el corazón, él me dijo que tan necesario es el sufrimiento á la experiencia como necesario es el oxígeno á la vida.

*
* *

Cuando miro la obra de Cervantes sobre el estante humilde que la guarda, creo ver en el pergamino que la cubre esas arrugas que presta á los humanos seres el conocimiento de los hombres y de las cosas, y la reverencio cumplidamente como á la madre de mi razón; y cuando la abro, cuando la leo, al ver los dolorosos trances por que hubo de pasar su autor para poner la realidad de los hechos por valla á las quimeras del pensamiento, no puedo menos de unir una lágrima á las muchas que derramó aquel genio sublime, maltratado por las injusticias de su época. Lágrimas

que, diluídas en los capítulos de su portentoso libro, juntaron su acerbo aroma, formando esa sonrisa amarga del desengaño, que vive siempre constante en las regocijadas páginas de *El Quijote*.

DOS NATURALEZAS.

MIRA—dije al amigo que me acompañaba—algo allá lejos, interrumpiendo la monotonía del paisaje. Después del Madrid repleto de vida, es verdad, pero de vida enferma, así en lo moral como en lo físico, vida que tiene más fiebre que energía y más desaliento que reposo, estos campos áridos, secos, uniformes, sin un arroyo donde vibren los suspiros de la onda, ni un árbol donde resuene el gorjeo de un pájaro, entristecen;

son como la transición rápida de una saturnal á una fosa. Y no es esto precisamente lo que el alma fatigada desea, sino un lugar que participe de lo agradable y de lo tranquilo, propio para alejar del pensamiento esos jirones de vapor obscuro que la sociedad ofrece y rodearla con esos otros jirones de vapor blanco que la naturaleza presta. A nosotros, fatigados por el continuo afán de la lucha diaria, nos precisa, durante los breves instantes de inercia que forzosamente nos dominan, un paraje que reuna, á todos los encantos de la luz, todos los misterios de la sombra. Y, ó mucho me engaño, ó aquella agrupación de árboles que allí se descubre es el apetecido término de nuestra expedición campestre.

En efecto, nunca pude yo imaginar que estos alrededores de Madrid, miserables y poco armónicos, ocultaran entre las raquíticas ondulaciones de sus áridos montículos panorama tan delicioso como el ofrecido á nuestra vista en aquella investigación de las afueras, limitadas por el modesto barrio de Chamberí.

Próximo al cementerio de la Patriarcal, un poco á la izquierda de sus tapias, álzase el sitio que en estas escuetas é interminables llanuras viene á ser para el paseante lo que el *oasis* para

la caravana en las caliginosas arenas del desierto, y como este *oasis* diminuto ha de componer el fondo de mi cuadro, juzgo lo más natural describirlo tal y como lo vieron mis ojos la tarde de otoño en que un sol templado, un cielo azul y una atmósfera transparente se unieron para iluminar y embellecer aquel conjunto de originalidad y poesía.

*
* *

Hileras múltiples de álamos blancos cuyas hojas tiemblan imperceptiblemente al contacto de los besos silenciosos con que el aire, ese eterno adorador del vegetal, las acaricia, ocupan el primer término del paisaje. Pálidas las hojas y dominadas por la nostalgia de la primavera, se inclinan al suelo, mientras el tronco, rec-

to y liso, dirígese á la altura implorando melancólica y dignamente compasión para las mismas, que nutre su savia. La tierra, salpicada de mil caprichosas hierbezuelas, parece una alfombra de plumas hecha ex profeso para los pies de la ondina que, á no dudarlo, mora en las profundidades de la estrecha laguna oculta por las ondulaciones del terreno, y que á esas horas en que la luna, como amante sin consuelo, recorre el espacio infinito, morada de los astros, sacude sus flotantes y abundosas trenzas y entreabriendo las ondas abandona su lecho de esmeraldas para dar al viento amorosos suspiros, que recoge, allá en el espacio de las quimeras y de los sueños, un ser alado que de léjos la persigue.

Hermoso panorama, digno de las vegas andaluzas ó de las ruinas helénicas, donde he gozado uno de los momentos más felices de mi existencia cuando, recostado en un peñasco, la mirada indecisa y vaga, saturado el espíritu de alegría y la imaginación de esperanzas, lo contemplé. ¡Qué mayor ventura para mí que la contemplación de aquel lienzo sublime cubierto por el pincel divino de enérgicos tonos y poéticos colores! Dos hombres que sienten y se comunican sus sentimientos con toda la efusión de una amistad cuyos lazos formó la desgracia; una naturaleza espléndida, y

allí, en el fondo, la casita modesta, más que modesta, pobre, donde el cuerpo hallaría reposo y el pensamiento soledad.

¿Qué faltaba, pues, para que el idilio fuese completo? ¿La mujer? También existía, y, sin embargo, era el único punto negro, la única tiniebla que no iluminaba aquel derroche majestuoso de luz.

*
* *

Mujer fué aquella que me produjo una impresión extraña, igual en todo á la que produciría, de ser posible, un latigazo dado sobre el corazón cuando está dormido. Su conjunto tenía algo de monstruoso, no porque le faltase belleza de líneas y fuego de expresión, sino todo lo contrario, porque había exceso de una y de otro.

Morena, con ese moreno limpio de las razas meridionales europeas, de pelo negro rizoso y ojos negros también, en cuya brillante pupila relampagueaba la misteriosa desesperación del porvenir, labios sensuales y entreabiertos, dientes menudos y encajados como impidiendo el paso á la maldición horrible que lanza el organismo espiritual, casto, contra el organismo material impuro;

la garganta de curva irreprochable, y el cuerpo flexible, lascivo, cubierto de harapos que la repugnaban; la calentura del deseo arrojándose en una belleza infernal: he aquí lo que representaba aquella mujer.

Cuando nosotros la vimos estaba arrodillada al borde de la laguna golpeando con sus pequeñas y nerviosas manos un trozo de lienzo. Al escuchar nuestros pasos se detuvo, alzó la frente y nos miró; sus ojos se clavaron en los míos; yo los bajé avergonzado; no pude soportar su mirada.

Aquella joven, desconforme con su actual situación, buscaba evidentemente un medio cualquiera para abandonarla, estaba en acecho de una ocasión; no cabía duda, su mirada lo había dicho más claro que cualquier palabra por expresiva que fuese. Sentíase hermosa, capaz de brillar en otro mundo distinto del que la suerte le ofrecía; acaso alguna vez, en la ciudad, se codeó con *señoras* que, sin valer lo que ella, iban mejor vestidas, y tuvo aspiraciones de igualarlas; tal vez el lenguaje de los hombres de su clase no le agradaba y buscaba otro que llegase más á su corazón que aquél; ¿quién sabe si algún día le oyó ligeramente y como de pasada, y desde entonces le persigue afanosa? Lo cierto es que ella se re-

volvía en sus harapos como se revuelve el tigre en su jaula.

Y para comprender esto no era preciso esforzarse mucho. Aquella aspiración infinita era ingenua; se presentaba francamente, sin hipocresía. Su mirada quiso decirme: «Ofrece, que acepto.»

Yo me sentí atraído y avancé, pero me detuve en el camino.

¿Qué podía yo ofrecerle? Un porvenir de deshonra. Porque aquella mujer es uno de esos destinos sombríos que construye en la soledad una mano implacable. Arrojada al mundo, estoy seguro de que no habrá fuerza humana suficiente á detenerla; rodará de una manera confusa y rápida desde esa cima perfumada que se llama amor, hasta ese lodazal inmundo que se llama prostitución. Esos labios voluptuosos, esa pupila ardiente encierran un ansia infinita de goces que nadie podrá realizar. Si se arroja, rodará al fondo. Que otro la empuje. No quiero hacerme cómplice de ese crimen comenzado por la Naturaleza.

Mientras yo hacía estas reflexiones, ella me contemplaba con curiosidad.

—¿Les gusta á los señores este sitio?—nos dijo. Su voz era dulce, insinuante.....

No acerté á responderla; cogí por el brazo á mi

amigo y murmuré á su oído con acento nervioso:

—¡Oh, vamos, vámonos de aquí!

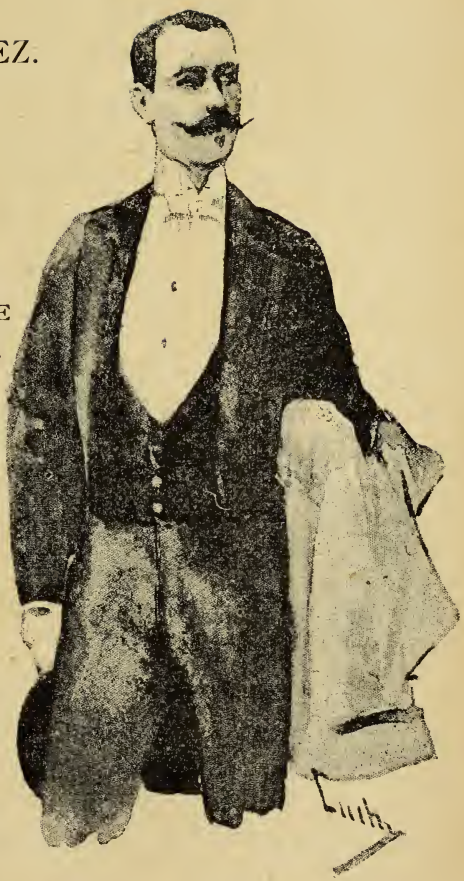
Mi amigo me miró sonriendo y echó á andar.

*
* *

Vosotros, los que leáis este artículo, si alguna vez os dirigís al lugar que os he citado y veis á esa muchacha, dejadla, os lo suplico; no la arrastréis con vosotros; dejad que se agoste en la soledad esa flor de infamia nacida entre las ondas de una laguna y los muros de un cementerio.

No seáis el instrumento caprichoso de que se aproveche el destino en sus frías é implacables combinaciones.....

JUANITO FERNÁNDEZ.



DECIDIDAMENTE era un buen muchacho Juanito.

Alegre, decidor, elegante, rico, bien educado, bailarín incansable, gracioso, bromista, vestido siempre á la última moda, no había reunión donde no fuera recibido con gusto, ni muchacha á quien no impresionaran sus atractivos, ni *mamá* de muchacha que no viese en Juan un partido más que aceptable para su hija.

Verdad es que el mozo se emborrachaba algunas veces — con *champagne* por supuesto — que jugaba las más, que tenía queridas, que había dado muerte en desafío á un hombre honrado, lego en materias de esgrima, y que, examinado cuidadosamente, resultaba falto de sensibilidad, poco instruído y un si es no es quebradizo de conciencia. Pero ¿qué era esto comparado con lo ameno de su conversación, lo irreprochable de su saludo, la viveza de su ingenio, lo simpático de su figura y cinco mil duros de renta? Nada; ligerísimos defectos que desaparecen con la edad y se modifican con los años.

Un aliciente más, como decía cierta viuda alegre ocupándose del asunto.

Es lo cierto que á Juanito se le dispensaban sus faltas en atención á sus méritos; que las señoras le juzgaban *algo aturdido*, *pero con buen fondo*, y que los hombres serios, esos graves y sesudos señores encanecidos en la experiencia y muy dispuestos con sus teorías filosóficas y políticas á moralizar y reconstituir las sociedades, si encontraban al héroe de estos apuntes después de uno de aquellos escándalos decentes que él solía dar una vez por semana, se contentaban con decirle, dándole palmaditas en el hombro:

—Calaverilla, ¿cuándo sienta V. esa cabeza?

Y añadían luego:

—No olvide V. que mañana nos quedamos en casa, y excusado es manifestarle hasta qué punto le agradeceremos que nos honre con su presencia.

Conocí yo á este sujeto hará próximamente dos años. Habitaba el cuarto segundo de la vivienda que nos era común, y se establecieron entre nosotros esas relaciones, si bien superficiales, indispensables á las gentes bien educadas, circunstancia que, unida al trato de un amigo de ambos, me hizo espectador de un hecho, el cual hecho define á maravilla el carácter de mi vecino.

Una noche, entre ocho y nueve de la misma, salíamos juntos de casa, y llegábamos á su puerta, cuando nos detuvimos para ceder el paso á una mozuela que, seguramente, por lo rápido de su andar y la caja de sombreros que llevaba en la mano, era una modista retrasada por caprichos de la parroquia en el camino de su obrador. Joven, casi una niña, de negros ojos, cintura flexible, tez pálida y formas correctas, cruzaba la calle menudeando el paso de sus pies chiquitines y mostrando en su rostro de virgen la pura tranquilidad de la inocencia.

—¡Hermosa mujer!— dijo mi vecino al verla.— Se puede hacer de ella una querida agradable. ¿Quiere V. que la sigamos?—añadió.

—No, amigo mío—repuse — perdóneme V., pero no tengo tiempo ni ganas.

—Entonces la seguiré yo solo—replicó él.— Conque..... adiós, y buena suerte. Lo diré yo mismo, ya que usted no lo dice.

— Adiós—le contesté; y perseguí con los ojos aquellas dos figuras, que ora se ocultaban entre las sombras de las altas fachadas, ora reaparecían bajo la amarillenta luz de un farol, caminando siempre la primera modesta, sencilla, humilde; la segunda, altiva, desafiadora, arrogante; una en pos de otra, siguiéndose de cerca, como sigue á la confianza el peligro.

*
* *

Desde entonces, todos, invariablemense todos los días, encontraba á Ju nito aguardando á la muchacha, y más tarde le veía en cierto café, donde refería á los allí presentes el estado de su conquista.

—¡Caramba si resiste!—solía decir.—Ella me quiere; pero se defiende ¡vaya si se defiende!.....

Gracias á que mi constancia y mi habilidad conseguirán el triunfo.

Cierta noche, á los cuatro meses de comenzados sus amores, llegó mi héroe al café, y dejándose caer sobre un diván con aire satisfecho, exclamó, antes de que nadie le preguntara:

—Chicos, Luisa..... ¡por fin!.....—Y acompañó esta frase con un guiño de ojos tan expresivo y una sonrisa tan graciosa, que sus compañeros y admiradores soltaron una carcajada y le dieron la enhorabuena.

*
* *

Por aquel tiempo el género de trabajos á que yo me dedico hubo de obligarme á abandonar mis antiguos centros de reunión. Tal motivo, junto con mi cambio de morada á otra muy distante de la que antes ocupé, me separó de Juanito. Sólo nos unían lazos de vecindad y con la vecindad concluyeron; también perdí la pista de sus amoríos, y es seguro que no volviera á acordarme de ellos sin un suceso imprevisto, que paso á referir:

El amigo de quien hice mérito al comienzo de estas líneas—aquel amigo que, siéndolo mío, lo

era de Juan Fernández—me encontró una tarde.

—Tenemos varios asuntos que ultimar—me dijo—y la ocasión es oportuna; he de ver á Juanito ahora mismo; de suerte que, si V. quiere, le veremos: cumpliré con él y arreglaremos lo otro. Es cuestión de un momento; concluyo en seguida.

Accedí á sus deseos, y subimos juntos al Circulo N..., una vez en el cual, previo paso por algunos salones lujosamente decorados y la invitación que nos hizo un criado con librea, penetramos en la sala de juego, cuyos concurrentes no se desdoran frecuentándola, porque en ella se pierde el dinero con dignidad, y si se arruinan las familias, se arruinan con decencia.

Allí, frente á una mesa de *bacarrat*, estaba Juanito *jugándose* unos cuantos miles de reales y apurando á pequeños sorbos una copa de *Vermouth*.

Nos saludamos, díjole mi amigo lo que tenía que decirle, y al separarse de él añadió:

—¡Se me olvidaba! ¿A que no sabes á quién he visto?

—¿A quién?—preguntó Juan.

—A Luisa.

—¿Qué Luisa?..... No adivino.

—Aquella chica que.....

—¡Ah! sí, sí; ya recuerdo.

—Pues la he visto en una casa..... en una casa horrible, donde me ha contado llorando que tú la abandonaste; que, sola, sin amparo, sin sostén alguno, fué cayendo, cayendo, hasta llegar á esa casa miserable, una vez en la cual la han vestido el cuerpo de seda y la han desnudado el alma de honradez.

Juanito parecía distraído; de pronto se puso lívido, y exclamó:

—¡Yo tengo la culpa, yo solo! ¡Nunca me lo perdonaré!

—El haber.....—dije yo.

—El haber perdido tres mil reales, cuando la jugada estaba clara como la luz..... Sólo yo soy capaz..... ¡Esto es vergonzoso!

—Es cierto, vergonzoso—repuse yo despidiéndome de Juanito con una inclinación de cabeza.

.....

Hace cuatro ó cinco noches, estando yo en los Jardines del Buen Retiro, me acerqué á saludar á una familia, compuesta de una hija muy linda, pero muy tonta; de un padre severo, incapaz de tolerar faltas á sus inferiores, que ha escrito un

tratado de moral, y de una madre muy devota de todos los santos, muy cofrade de todas las cofradías y que no sólo cumple con la Iglesia en Pascua Florida, sino que parece estar siempre en peligro de muerte, según lo que menudea sus confesiones.

—¿No sabe V. que se casa Clarita?—me dijo la mamá señalando á la muchacha, que se puso muy colorada.

—No, señora; no lo sabía—respondí yo.—¿Y quién es el mortal afortunado?

—Juanito Fernández.

—¡Juanito!

—Sí—repuso el padre;—ese calaverilla me ha prometido sentar la cabeza.

—Y sobre todo—añadió la mamá—él será algo aturdido, pero tiene buen fondo. ¿No es así?

—Ya lo creo, señora—replique yo;—no lo sabe usted bien.

Y cogiendo el sombrero, me despedí de la futura suegra de Juanito.

ENCARNACIÓN.

Era una de esas mujeres marcadas por el sello infamante de la deshonra; máquinas humanas donde los apetitos sensuales pueden satisfacerse mediante el pago de cierta cantidad; esclavas de la miseria, cuyas gracias y aptitudes se

cotizan en los mercados del vicio; fragmentos haraposos de humanidad arrojados por una mano implacable en medio del arroyo para que sufran riendo la caricia del libertino, el golpe del borracho, la baba del viejo disoluto y el rencoroso desprecio de las gentes honradas.

Encarnación pertenecía á este género de mujeres, y era, si no tan culpable como algunas de ellas, tan desgraciada como la que más.

Educada por un padre vicioso y por una madre automática, viendo siempre en los menores detalles de su vida infantil ejemplos perniciosos de escándalo, tratada como un mueble y golpeada como una bestia, representando en aquella suma de sexos la menor cantidad posible, comiendo algunos días, llorando los más, semi-idiota é inmóvil, vivió mucho tiempo la pobre niña, si por vivir se entiende la circulación de una sangre anémica y el agazapamiento de un alma insegura, vivió sujeta á la cárcel de su hogar, contemplando en los utensilios varios aquí y allá esparcidos, compañeros mudos que la escuchaban, y en la azul atmósfera, apenas bosquejada por la estrecha abertura de su buhardilla, un porvenir flotante.

He aquí todo cuanto pudo formar aquel espí-

ritu en los primeros días de su mezquina existencia.

Pero llegó una hora en que la niña se sintió mujer, y, cosa extraña, mujer hermosa. Dentro de esos cubiles humanos repletos de miseria y podredumbre suelen crecer flores esbeltas que, huérfanas de luz, de aire, de espacio, de alegría, se alzan, no obstante, ricas en color y perfume.

¿A qué obedece esta contradicción brusca? ¡Quién lo sabe! Tal vez á las frías combinaciones de la suerte; acaso á los caprichosos encarnizamientos del destino. Porque el destino es un gran constructor, lo mismo en las construcciones de luz que en las construcciones de sombra. Bien es cierto que tiene un auxiliar poderoso: la sociedad *perfeccionada* que nos rige.

El destino, al ensañarse con Encarnación, la había dotado de una familia en cuyo seno la miseria, el embrutecimiento y la infamia disfrutaban partes iguales; pero Encarnación fea, Encarnación insensible, Encarnación estúpida, hubiera muerto incrustada en aquel zaquizamí ó perdida en el mundo sin voluntad y, por consiguiente, sin dolor. Nacer bestia y morir bestia con algunos golpes llenando el hueco de estas dos etapas, es, ya que no la felicidad, la insensibilidad, y la in-

sensibilidad forma parte de los favores que merecemos á la suerte. Como el destino, una vez comenzada su tarea, necesitaba exprimir sobre aquella mujer inocente todos los tormentos y todas las decepciones, la hizo hermosa, con esa hermosura meridional, fantaseadora, enérgica, precoz; removió en su alma todos los apetitos, todas las sensibilidades; corrió con mano segura el velo que cubrió hasta entonces la imaginación de la niña, y, ayudado por una educación falsa, por una belleza armónica, por un temperamento excitable y por un ansia febril de afectos múltiples, se cruzó de brazos, esperando el desenlace de aquella aurora que semejaba volcán.

Encarnación, al sentirse mujer, ¿qué hizo?

Fué el de entonces uno de esos momentos psicológicos que determinan el porvenir de una existencia: la niña, al transformarse como organismo, se transformó como alma; se vió hermosa y se reconoció sensible; la superficie pulimentada de un espejo fué el espacio brillante donde se verificó tan súbita mudanza.

Allí pudo observar que sus cabellos, desmadejados y sucios, tenían, no obstante, suavidad sedosa y ondulaciones bellas; que sus ojos brillaban con resplandores infinitos, y que sus labios mos-

traban, al plegarse, todas las armonías del placer. Allí admiró también la curvatura suave y gentil de su garganta, mal cubierta por un pañuelo hecho jirones, y la morbidez de sus hombros y la esbeltez de su talle. Cuantos dones le prodigó Naturaleza mostráronsele á un tiempo, y sus mejillas aterciopeladas se colorearon de rubor pensativo. La mozuela ignorante, la cosa viva, el harapo humano, se irguió, y, diputando por bella su imagen, reflejada en el fondo de un vidrio roto, dejó de ser instrumento para convertirse en fuerza.

Cuando la noche, obscura y fría, hizo tenderse á Encarnación sobre el áspero lecho de sus miserias, la joven, ocultando bajo el cabezal de crin el trozo de espejo, comenzó á registrar su espíritu. Al registrarle, pasado y presente se le ofrecieron en toda su horrible desnudez. Los años de su infancia mostráronsele con trágicos perfiles..... ¡Qué años tan amargos los de su infancia! Sin afectos, sin caricias, el tiempo cruel, sus padres indiferentes y ella sola; su cuerpo desnudo y su inteligencia embotada; ni un beso de cariño sobre sus labios, ni un recuerdo de ventura bajo su frente.

Esto en cuanto se refería al pasado; pero, ¿y el

presente? El presente era aún más triste. Antes estúpida é inmóvil, la niña pudo juzgar tales acontecimientos necesarios, y, en su consecuencia, sufrirlos; ahora no; ahora el sentimiento de la verdad ocupaba su alma con todo el ímpetu de un éter comprimido que se desborda; su angustioso estado se la ofrecía tal como era: crimen; no suceso natural, obra de la infamia, engendro monstruoso de un delito; y al comprender esto, Encarnación acusó al presente, apoyándose en los presentimientos del porvenir.

¡Cuántas ideas flotaron durante la noche sobre el cerebro de la joven! ¡cuántos odios salieron de la sombra! ¡cuántos planes forjó el delirio! Suspiros angustiosos se deslizaban por los labios de Encarnación; quejas mudas se formularon en su garganta, y reproches enormes, condensándose en su agitada razón, la obscurecieron. Lo desconocido, abriendo sus puertas á la virgen despreciada, resplandecía con tonos de placer, y auras de libertad, acariciando su frente ceñuda, jugaban con los rizos caprichosos de su abundante cabellera.

Al fin, la aurora vino á reflejar su blanquecina luz sobre el hermoso cuerpo donde tan fiera lucha riñeron los espectros del ayer y las promesas del

mañana. Encarnación dormía. Su cabeza descansaba suavemente en el gracioso almohadón de su brazo redondo; dos lágrimas temblaban en sus retorcidas pestañas; sus labios sonreían, plegándose con despreciativo gesto, y en sus fruncidas cejas brillaba una resolución implacable, mientras su mano breve, nerviosa, morena, oprimía el trozo de espejo donde se contempló por la mañana.

Dulcemente impresionada por el resplandor tibio del día, la mozuela abrió los ojos y pudo contemplar los matices varios de aquella aurora; aurora inmensa, amanecer doble: el amanecer del sol y el amanecer de su alma.

¡Qué diferencia tan grande existía entre ambos crepúsculos! El material, risueño, esplendoroso, cuajado de luz brillante y pura; el moral, raquítico, triste, iluminado también, pero iluminado por resplandores torcidos y sinuosos. Fuera de Encarnación, arriba, en el ancho cielo, un sol que nace y tiende los brazos para bordar las blancas nubecillas con festones de oro; auras que resbalan silenciosas por la bóveda gigante del espacio azul, rumores sin eco, himnos sin forma, vitalidad, energía, esperanza; dentro de ella, muy dentro, en el fondo de su espíritu, una hoguera de fiebre que, al arder, tiñe de rojo las negruzcas

humaredas del deseo; preguntas sin fin vibrando tristes en la atmósfera sombría de una duda implacable; trepidaciones caóticas, decisiones lúgubres, amargura, vergüenza, temor..... Y, sin embargo, á pesar de sus enormísimas diferencias, juntándose lo de arriba con lo de abajo, lo visible con lo invisible, la esperanza con el recelo, el crepúsculo dirigido por la Naturaleza y el crepúsculo dirigido por la sociedad, formaron acordes, si bien de una manera inconsciente, el áspero y definitivo sendero que había de seguir aquella existencia macerada.

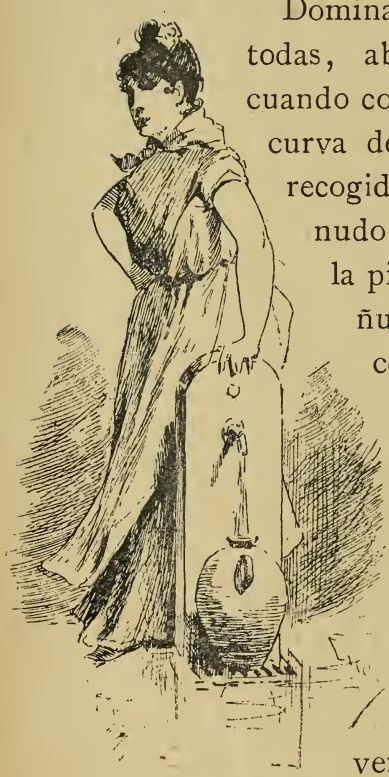
Desde entonces Encarnación puso mayor cuidado en su atavío. Remendó hábilmente los rotos vestidos que arropaban su miseria, y haciendo con ellos numerosas combinaciones, pudo prestarles, ya que no elegancia, cierta salvaje y ruda armonía. Peinó con vanidoso esmero los obscuros rizos que adornaban su frente, y cortando una flor de tísico rosal que agonizaba en la claraboya de la buhardilla, la dejaba perderse en el revuelto mar de su azulada cabellera. Cuantos adornos pobres y humildes contenía aquel cuartucho miserable, eran aprovechados por Encarnación, que, en su anhelo infinito de embellecerse, no perdonaba medio alguno para lograrlo.

La madre veía impasible tan significativa transformación. Bien es verdad que no llegó á comprender su alcance. Era tan limitado el horizonte racional de su cerebro, que, dejando aparte los apetitos de la hembra y las necesidades del animal, apenas si distinguía confusamente un fárrago de acontecimientos indefinibles. Otra, en su puesto, siguiendo paso á paso las diversas manifestaciones de aquella alma recién despierta, hubiera llegado al fondo de sus deseos y hubiera, tal vez, conseguido atajarlos con la valla del cariño ó con el dique de la reflexión; pero ella no; ella, frente á la borrasca que se cernía sobre el corazón de la adolescente, siguió imperturbable, apenas si detuvo mientes en el ansia de libertad sin orden que dominaba á su hija, apenas si, viéndola vestir una mañana, dijo entre dientes: «¡Calla, pues no se pone flores en el pelo!»

No obstante, dominada por vaga inquietud, hubo de referir á su *hombre* la escena que había presenciado, y él, riendo groseramente y encogiendo los hombros, le respondió: «¡Bah! Tonterías, entretenimientos de esa idiota.»

¡Idiota! No era este nombre el más apropiado para Encarnación. Loca sí estaba; loca de amargura, de odio; loca por encontrar un medio cual-

quiera para librarse del yugo que la oprimía; loca buscando un resquicio por donde huir del cuarto miserable que habitaba.



Dominada por la fiebre de esa locura, todas, absolutamente todas las tardes, cuando con el cántaro sujeto á la saliente curva de su excitante cadera, la falda recogida, permitiendo admirar el menudo pie y el nacimiento hermoso de la pierna, desnudo el brazo y el pañuelo anudado á la garganta, descendía la joven á la fuente del barrio y allí guardaba turno para llenar su cantaruelo, podía vérsela, con las manos cruzadas y los ojos perdidos en el antro invisible de la quimera, dejar pasar una hora y otra como si esperase algo que tardaba en venir, pero que seguramente vendría.

¿Esperaba Encarnación alguna cosa? Sí. ¿Cuál? La ocasión necesaria, el momento oportuno de lograr sus fines. Lo esperaba segura de que no faltarían: y la ocasión vino y el momento llegó, que nunca dejan de acudir á las citas de triste

resultado esos lúgubres auxiliares de los torcimientos del alma.

Un mozalbete, no mal parecido, amamantado con la leche de todos los vicios y educado en el seno de todos los crímenes, tropezó á la muchacha cuando ésta volvía con el cántaro debajo del brazo desde la fuente á su habitación: la detuvo en el camino, elogiando su belleza con frase gráfica y persuasiva: la requirio de amores, y ella, halagada en su vanidad mujeril, viendo en el cariño de aquel hombre el cabo extremo que podía librarla de su infortunio, se asió de este cariño, oyó complacida las súplicas del mozo y aceptó gozosa su oferta.

Lo que vino luego es muy fácil de imaginar. Encarnación se entregó á su amante de una vez: le dió su cuerpo sin vacilaciones, sin hipocresías, francamente; porque las rendiciones lentas y graduales, esas rendiciones en que se entrega el honor á partículas microscópicas, para saborear su pérdida, sólo pueden verificarlos espíritus podridos y astutos, refinadores del placer sensual, espíritus que miden el provecho que ha de reportarles la cesión paulatina de su cubierta orgánica; las almas puras, aunque se extravíen, son nobles en sus procedimientos. El alma de Encarnación era

pura, y al rendir su cuerpo lo rindió por completo; y lo rindió, no tanto por necesidad de su temperamento como por el espanto que en ella producía su miserable estado. ¿Qué pretendo yo—se preguntaba.—¿Huir de mis padres? ¿abandonar mi casa? Sí. Y para lograr ese objeto, ¿qué debo hacer? Ser suya, huir con él—respondía á impulsos de su calenturienta lógica.

Y fué suya y huyó con él como huye el esclavo que en noche obscura rompe sus cadenas y abandona su cárcel, tomando á tientas el primer camino que se le ofrece. Huyó rápida, alegre, sin volver el rostro, sin temor, no precaviendo siquiera que al término ignorado de su ruta pudiera existir un abismo monstruoso, cuyas fauces entreabiertas se hallasen prontas á devorarla. ¡Qué sabía ella! Por de pronto se encontraba libre; esto era lo importante. Después..... ¡Cómo ha de pensar en después una imaginación de quince años que pisa los umbrales de lo desconocido, dejando atrás las horribles contingencias de una vida cruel y estúpida!

Es indudable que si el mozo á quien se rindió Encarnación hubiera poseído condiciones bastantes para educar un alma, la joven estaba á salvo; la fuga hubiera sido restitución, y el comienzo

del naufragio viaje tranquilo á seguro puerto. Pero el mundo descuida tanto á los seres que lo constituyen, tan escasamente regula las omisiones de la naturaleza y las perversiones del ejemplo, que cuantos, por capricho de la fortuna, no poseen las bondades de éste ni las complacencias de aquélla, se hunden, y se hunden más en el légamo sombrio que tapiza el fondo de los mares sociales. Seres nacidos en la infamia, en la infamia se educan, de la infamia se alimentan y por la infamia existen: el mundo los abandona, y allá van ellos con el ímpetu fatal de un mecanismo ciego que arrolla y destruye cuanto halla al paso.

Cuando uno de estos seres tropieza en su camino con alguna criatura nerviosa por temperamento y salvaje por educación, esa criatura está perdida sin remedio.

Así le ocurrió á la protagonista de mis apuntes. Su querido era un canalla de lo más perfecto que puede imaginarse. Vivió con ella un mes, dos, tres..... no importa el tiempo; hasta que un día, cansado de la muchacha, la vendió.

No se extrañen mis lectores de esta palabra; tomen el dicho en su acepción más estrecha. La vendió como se vende un caballo, como se vende

un mueble. Es forzoso decirlo. En las grandes capitales, centros de cultura é instrucción, en esas poblaciones que parecen animadas por ideas de libertad y progreso, existen bazares de carne blanca; bazares servidos por mujeres viejas y desdentadas y asquerosas, que trafican con la juventud igual que trafica el arriero con sus mulas, comprándola, vendiéndola, arrendándola: y esto á los ojos de la sociedad, que lo tolera, y delante de la ley, que se tapa hipócritamente la cara para no mirarlo. Sí, se venden las mujeres por sus padres, por sus hermanos, por sus queridos, y se abofetea el rostro de la moral humana, sin que la moral pública se dé por ofendida.

A uno de esos bazares, á uno de esos agujeros hediondos, donde se expende el ajenjo de la sensualidad, fué Encarnación, transformada en mercancía. La condujo su amante, quien, entregándola á una mujer que satisfizo el importe de la trata, se alejó contando las relucientes monedas.

La cosa estaba hecha. Nadie logró ó quiso evitarla. Es cierto que la niña pudo haber gritado, oponiéndose á la venta, pero existen dos clases de mordaza: una ruda, fuerte, que oprime los labios y ahoga la voz; otra suave, persuasiva, deslumbradora, propia para detener con su lujoso y em-

briagador aspecto los pudores de un espíritu cándido y los retorcimientos de un cuerpo sacudido por la miseria. La astuta acaparadora de placeres que se hizo cargo de Encarnación, poesía una ciencia especial para estos amordazamientos morales. Procuró convencer á la joven, haciéndola admirar la existencia alegre que tendría; la vistió de seda, ciñó sus pies con zapatos de riquísimo valor, adornó sus cabellos con primorosos lazos y la obligó por fin á contemplarse en el inmenso espejo de clara luna que adornaba la habitación.

¡Pobre mozuela!..... Ni el amor podía salvarla. A los quince años no se ama, cuando más se desea amar. Y la inocente víctima, sin apoyo, sin razón para juzgar de lo porvenir, colmada de galantes atenciones, herida por el fastuoso deslumbramiento de un lujo ignorado, cayó una tarde cualquiera, sin fuerzas para luchar y sin experiencia para comprender, en el impuro lecho de la elegante mancebía.....

Desde entonces aquella mujer fué, poco más ó menos, como todas las de su clase. Unicamente su alma de sensitiva se cerró por completo al contacto de la impureza, quedando en sus pliegues inocente y generoso perfume; y mientras su cuerpo rodaba entre los brindis del festín y las concupis-

cencias brutales de la orgía, el espíritu guardaba intactos y puros los deseos de algo infinito que había sobrevivido á la deshonra de la carne.

. . . . . .

. . . . . .

Cuando con la frente erguida, los ojos provocadores y la sonrisa en los labios, cruzaba Encarnación las calles de Madrid golpeando el piso de las aceras con su pulido pie, todos la señalaban con el dedo.

¡Justicias sociales!

BONAFOUX.

(NOTA BOHEMIA)

MUCHO antes de saludarle, era yo amigo suyo. Simpaticé de primer momento con aquel hombre delgado, nervioso, moreno, de fisonomía inquieta, animada generalmente por una sonrisa burlona que parece un epigrama y por dos ojos negros, escudriñadores, mortificantes como un cilicio y mortales como un floretazo.

Siempre que le encontraba en la esquina del cafe de Fornos, recostado contra la pared, con las manos en los bolsillos, el cigarro entre los dientes y los lentes sobre la nariz, donde representan, mejor que un auxilio para la vista, el último y definitivo toque de su perfil irónico y audaz, siempre que tales encuentros se verificaban, sentíame ganoso de decirle: — Buenas tardes, amigo mío. — Me atraía la originalidad de su aspecto, originalidad que sólo admite comparación con la de sus trajes. Yo creo — perdóneme Bonafoux si me equivoco—que las telas de sus vestidos se tejen ex-profeso para él. Dígalo si no el famoso gabán de cuadros, que convierte á su dueño, cuando éste lo usa, en un tablero de ajedrez. En un tablero de ajedrez, no me vuelvo atrás; sólo que en ese tablero no se combina más que una jugada: el *jaque-mate.*

Me dió noticias suyas por vez primera uno de tantos, ó de tontos, como andan por ahí, creyéndose literatos porque suelen escribir algunas cartas (no todas) sin cometer faltas de ortografía, porque han hecho cuatro versos á los ojos de..... á la boca de..... y á otras varias cosas de..... y porque dedicaron cincuenta duros á imprimir un libro que nadie lee, afortunadamente para su

autor. «Ese es Luis Bonafoux—me dijo aquel literato *in partibus stultorum*,—un criollo que tiene muy mala lengua, muy mala fama, muy mala vida, mucho descaro y poco dinero. Ha publicado dos *folletos*, verdadera colección de insultos contra notabilísimos escritores de las Antillas, y es director de un *periódico* negrero. Aconsejo á V. que no cultive su amistad; resulta perniciosa. En uno de sus *libelos* se ocupa de mí.»

—¡Ah!—dije yo, y añadí para mis adentros: —Cuando tú le censuras, debe ser el criollo excelente persona.

Los dos simpatizábamos (lo que á mi simpatía se refiere ya lo dije antes; lo que á la suya toca, lo sé por él mismo), y sin embargo, retrasábamos el comienzo de nuestra amistad. ¿Por qué? La razón es obvia. Generalmente, amigo nuevo vale tanto como desengaño nuevo, y los desengaños abundan mucho en esta alegre vida humana para que uno los busque.

Por fin, cierta noche nos encontramos reunidos Bonafoux y yo en la mesa de un café; hablamos media hora, y creo que sobraron veinticinco minutos de conversación. Desde entonces nos vemos todos los días, nos comunicamos nuestros pensamientos, nuestras esperanzas, nuestras

decepciones; y como las últimas frecuentan mucho nuestro trato, las saludamos con íntima confianza, y sus visitas han llegado á sernos indiferentes. Apenas si volvemos la cabeza para mirarlas; cuando vienen, yo me encojo de hombros y Bonafoux se echa á reir.

A los ojos de esas personas que circulan por calles y plazas pregonando á voz en cuello su honradez como si anduvieran necesitados de cacarearla, es Bonafoux una mala persona, un temperamento agresivo, hiriente, rencoroso, tan pronto al odio como refractario al perdón, é inabordable al olvido; según ellos, hace de toda reputación blanco, ó, mejor dicho, negro de sus crueles y despiadados chistes, y burlándose de todo, no cree en nada, ni en el amor, ni en la amistad, ni en la honradez, ni en la justicia, ni en el talento.

A decir verdad, en presencia de aquella fisonomía angulosa, de aquellos labios finos por donde salen las palabras, no tan pronunciadas como mordidas, y los períodos relampagueantes, cortados, llenos de incisos incisivos y de reticencias sarcásticas que terminan siempre por una carcajada semejante á un latigazo, siéntese uno dispuesto á creer cuanto malo se dice de Bona-

foux; pero yo, su amigo, su verdadero amigo, puedo asegurar que se equivocan muy mucho los que le juzgan de ese modo. Bonafoux ha luchado, ha sufrido, ha visto el mundo de cerca; examinando á los hombres, ha podido juzgarles tal y como ellos son, y viendo que sus esperanzas, sus ilusiones, su corazón y su pensamiento, de puró buenos, no se ajustan al patrón general, no quiere llorar y ha tomado el partido de reir. Hace bien.

Sin embargo, si la discreción no me lo vedara, pudiera yo referir á cuantos de Bonafoux se ocupan para denostarle, algunos hechos de su vida que serían suficientes á probar lo exquisito de su alma y lo noble de su conducta, y á quienes le motejan de escéptico contárales yo todas las peripecias de un idilio que ellos no son capaces de sentir, un idilio repleto de luz, de poesía en otras épocas, cubierto hoy de sombras oscuras, entre las cuales aparece aún una cabecita rubia llena de palideces, y una historia de suspiros, de lágrimas y de amarguras sin cuento.....

Y ahora, confesémoslo: Bonafoux odia terriblemente dos cosas: los perros y la musa puertorriqueña; pero su odio es justo: un perro le mordió hace tres años una pantorrilla y le hizo andar

cojeando mes y medio. En Puerto Rico le ocurrió algo peor: toda una conspiración de malos poetas (furiosos porque Bonafoux dijo que no escribían bien), con ítem más una falange inmensa de tíos, sobrinos, criados y demás contingentes de aquella *ripiada*, se le vino encima. En tal hecatombe tuvo su germen el cuadro de Checa: quisieron matar á Bonafoux — que estaba solo — le arrojaron piedras, le dirigieron terribles amenazas..... ¿Han leído VV. el último viaje del capitán Cok? Pues algo por el estilo fué lo de Puerto Rico. Bonafoux, más afortunado que el famoso navegante inglés, consiguió salvarse. ¡Dios sobre todo! Hasta sobre los ímpetus puertorriqueños.

Hoy vive en Madrid, escribe libros, combina proyectos para lo porvenir, se pasa las horas muertas en la esquina de Fornos, luciendo sus americanas geométricas y sus sombreros algebráicos, me acompaña de vez en cuando á tomar una copa de cognac, se burla de los tontos que le saludan, lo cual quiere decir que pasa casi todo el día burlándose; sufre mis genialidades, mis confidencias, mis *splines*, yo sufro los suyos, y es más, le tolero algunos chistes que dedica á mis idealismos quijotescos—como él dice en son de

burla—sin acordarse de que ha sido tan Quijote como yo.

Una advertencia para concluir: Si alguno de ustedes, lector ó lectora, hace versos malos y los colecciona y los imprime y los tira, vamos al decir, los publica, tenga buen cuidado de que no lo sepa Bonafoux, y, sobre todo, no se le ocurra dedicarle un ejemplar, porque no le libra á V. de un estacazo á pluma ni la bula de Meco.

Ni siquiera le quedaba á V. el recurso de que yo interviniera en su favor, porque mi amistad, con alcanzar mucho, no alcanza tanto.

LA NIÑA DORMIDA.

ÉRAMOS varios los amigos que solíamos juntarnos todas las noches en el café Z..... alrededor de una mesa de mármol blanco cruzada á trechos por ásperas vetas de color negruzco, cu-

bierta de tazas, de copas, de platillos de azúcar, de botellas vacías y de cucharillas sin barniz. Allí, entre el humo de los cigarros, el rumor de las voces y los desacordados acordes de un piano, derrochábamos alegremente el ingenio y la vida, y diálogos picantes, discusiones vehementes, carcajadas burlonas, reproches amargos, cruzábanse á intervalos de un extremo á otro de la mesa, rápidos, batalladores, verdadero fuego de guerrilias, vivo, intermitente é irregular.

Cerca de nosotros tomaban asiento Paca y Rosa, una madre y una hija, sufriendo impasibles las investigaciones curiosas y lúbricas de los concurrentes al café; la madre, con el descaro cínico del vicio; la hija, con la tranquilidad perezosa de la inocencia; la primera, ufana, locuaz, usando de la sonrisa como de un recurso hábil para lucir su blanca dentadura y atraer sobre ella la atención principal; embaucando á sus licitadores, ocultándoles diestramente los pliegues de sus párpados fatigados en el transcurso de vigilias impuras y las palideces de su rostro bien hecho, pero un si es no es gastado por estrujamientos lascivos. La segunda (Rosa) dormía, por lo común, sobre el diván de terciopelo rojo, con la cabeza, su pobre cabecita de niña, enferma, linfática y débil, recos-

tada sobre sus hombros raquíticos, y las manos, pequeñas y mates, caídas perezosamente sobre el asiento.

Miraba yo, siempre con doloroso interés, aquellos ojos entornados, cubiertos por largas pestañas que ofrecían sombras oscuras á las azuladas ojeras, aquellos labios descoloridos, aquel indeciso crepúsculo de juventud y de miseria, aquel bosquejo de mujer mal delineado, confuso, por cuyo interior circulaba, con lentitud de agonizante y sacudimientos de histérica, una sangre podrida, única herencia que le brindaba el pasado, y un fluido nervioso y ardiente, única esperanza que le ofrecía el porvenir.

¿Qué edad tendría la muchacha? De primer intento, diez años; examinada con atención, catorce. Organismo enfermizo, vegetaba silenciosamente sin dar muestras visibles de su progreso. El cambio fisiológico que en ella se operara vendría por asalto, merced á uno de esos avances brutales de la Naturaleza, que matan ó que resucitan, sin paliativos, sin gradaciones, como una sacudida eléctrica. Y esta explosión indudable de aquella estructura material era lógica en la pobre niña, armonizaba con las modificaciones de su estructura moral que también surgirían de pronto,

semejantes á la ruptura violenta de un vaso sanguíneo.

Acostarse virgen y amanecer prostituta: tal debía ser la historia de Rosa.

Y para comprender esto bastaba examinar á la madre, á aquella mujer que ganaba su vida á cambio de su carne, que rodaba hacía quince años de lodazal en lodazal, cansada, inerte por dentro, lasciva por fuera, ofreciendo su cuerpo á las avaricias del amo de una hora, con la sonrisa falsa é irónica con que ofrece manjares al comprador hambriento el fondista harto. Mujer perdida, arrojada de un golpe al centro de los vicios, no sabía ser otra cosa que la hembra de todos, y al contemplar, durante sus horas de calma, las precoces arrugas, las rebeldes canas, el próximo derrumbamiento, hubiera muerto de espanto por lo futuro, de no contemplar á Rosa como una espléndida promesa, como una ligadura inquebrantable de su infamia, como una letra que en breve plazo podría girar su estómago hambriento contra un mundo insaciable.

Por eso llevaba á su hija al café, iniciándola en los misterios cínicos de la deshonra; por eso conversaba con unos y con otros delante de ella sin reparar en la frase ni en las crudezas del estilo;

por eso, cuando la niña despertaba, abriendo sus ojos de gacela cautiva, oía la irónicas pullas, los raros deseos de cien temperamentos gastados, sin comprenderlos aún, pero recogiéndolos con intención curiosa.

Paca no se ofendía, no trataba de rehuir el diálogo, y su única réplica á las ofertas y á los ruegos de sus parroquianos era estas palabras:

—Es pronto, es pronto; dejemos pasar un poco de tiempo.

Y mientras pasaba el tiempo, aquella madre por accidente, aquella mujer sin entrañas, salía del café, seguida de su hija, cada noche con un hombre distinto, y llegaba con el hombre á su casa y se encerraba con él, despidiendo á Rosa, que, estremecida vagamente por esta múltiple é igual mudanza, corría á refugiarse en su pobre camita de hierro, donde se revolvía inquieta, impulsada por vagos temores, por confusos deseos, esperando algo nuevo que viniera á interponerse en su camino de ignorancias y asombros; y ese *algo* lo esperaba tranquila, dispuesta á aceptarlo sin protestas, sin vacilaciones, no como un placer, pero sí como una esperanza ó como un recurso.

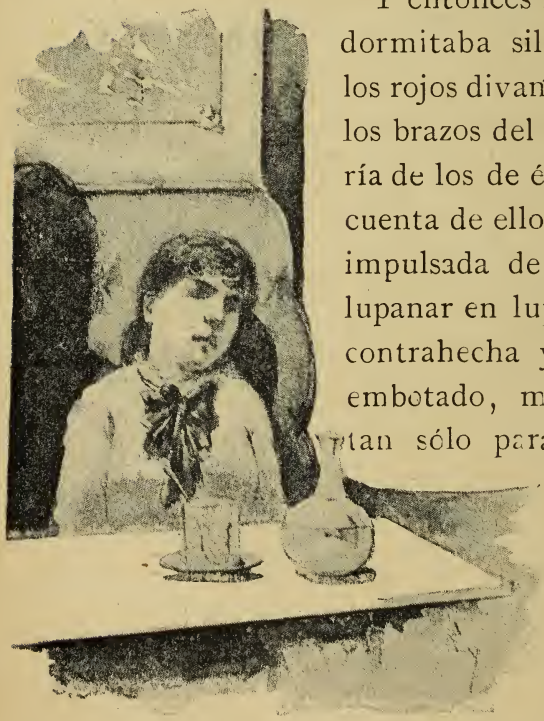
La hija y la madre eran, á no dudarlo, víc-

tima y verdugo; en el café Z..... se perpetraba todas las noches un crimen enorme, revestido de circunstancias agravantes, de premeditación, de ensañamiento, de alevosía: el asesinato de un alma. El espectáculo que allí se ofrecía era más espantoso, más horrible que el que pudieran ofrecer, aplicados á un tiempo sobre un cuerpo desnudo, todos los instrumentos de tortura á que dió forma la maldad humana: delante de aquella mesa de marmol, en los divanes de terciopelo rojo, al resplandor brillante de cien mecheros de gas, en presencia de un público numeroso y culto, se ejecutaba un suplicio más doloroso que el de la rueda, que el del potro, que el del borceguí, que el del hierro candente. ¡Ah! los inquisidores de nuestra santa religión resultan compasivos frente al suplicio bárbaro que yo he visto sufrir durante un año, en plena civilización, á una criatura inocente! ¡Sí, yo he visto y he oído algo más brutal que cuanto pudieran referir en épocas remotas las paredes negruzcas que limitaban la sala de tormentos; algo que no era la fractura de un hueso, ni la distensión de un músculo, ni el chirrido espantoso de la carne abrasada, ni el ¡ay! suplicante del moribundo; algo que no era eso, pero que era peor que todo eso; yo he visto á una

mujer apoderarse de un alma, constreñirla, retorcer sus fibras una á una, disecarlas fríamente para extirpar de ellas todo sentimiento puro, verter en su interior el virus maldito del ejemplo, y repetir esta operación un día y otro, sin temblar, sin conmoverse, sin titubeos de piedad ni asomos de remordimiento; yo he oído á esa misma mujer pedir tregua á los que se disputaban el fruto espléndido de sus infamias, pedirles tregua, porque no estaba segura de la consistencia de su obra. ¡Y la víctima era una niña de catorce años! ¡y el verdugo una madre! ¿Puede haber nada más horrible?

Sin embargo, nadie se preocupaba del hecho; la moral, representada en aquel sitio por señores de pelo cano, levita negra y cadena de oro, más que á otra cosa, parecía dispuesta á aprovecharse del crimen; la juventud reía locamente, sin dársele un ardite del atentado que á sus ojos se cometía; la justicia pasaba por delante de él ocultando los distintivos de su cargo en la manga derecha del gabán; éste reía con la madre, aquél bromeaba con la hija, cual otro seguía distraído el compás de la música..... ninguno protestaba; al contrario, todos parecían aguardar ansiosos el momento de arrojarse sobre la presa; en todos los

ojos se leía esta pregunta: «¿Cuándo?», y todos esperaban con impaciencia el instante en que Paca, satisfecha de su trabajo, segura de su triunfo, cogiera á Rosa por el brazo, y presentándola con alegre sonrisa al montón inquieto de viciosos insaciables y adinerados, les dijese: «Ahí la tenéis; es vuestra. Tomadla.»



Y entonces la pobre niña, que dormitaba silenciosamente sobre los rojos divanes del café, caería en los brazos del mejor postor y pasaría de los de éste á otros sin darse cuenta de ello, sonámbula trágica impulsada de orgía en orgía, de lupanar en lupanar, con el alma contrahecha y el entendimiento embotado, montón de carne útil tan sólo para tráficos livianos, rodando siempre sin saber á dónde é ignorando por qué; y si algún día despertaba, ¡qué tremenda angustia, qué horrible tormento, qué triste despertar el de aquella deshonra irresponsable!

. . . . . .

. . . . . .

Mucho tiempo ha transcurrido desde entonces. Envueltos en el torbellino incesante de la humana borrasca, todos los jóvenes que solíamos frecuentar el café Z..... estamos separados; unos, arrastrados por la corriente, se debaten con bascas dolorosas en inmensas é inaccesibles profundidades; otros luchan cuerpo á cuerpo con el destino para ganar un puerto de refugio; otros, más venturosos ó menos infelices, cayeron en los surcos de la tumba como las hojas marchitas caen desde los árboles á los surcos abiertos en la tierra por el arado. Nada de lo que fué existe; cada uno lucha para sí. Los compañeros, los amigos de antes, los demás..... ¿Quién se acuerda de los demás?

Sin embargo, yo conservo de aquellos tiempos un recuerdo que me ha sido imposible arrancar de la memoria: la imagen de aquella niña que dormitaba en los divanes del café Z..... recostando su pálida cabecita sobre sus hombros raquíticos. Durante mis horas de soledad y de amargura acude á mi cerebro la imagen de Rosa, y al contemplarla me pregunto:

—¿Qué será de ella?

No lo sé; no quiero saberlo tampoco; pero

cuando, atravesando la calle, veo cruzar por delante de mí á esas desventuradas vendedoras de liviandades que me sonríen con gesto cínico, pienso si alguna de ellas no será Rosa, y me dan intenciones de gritarle en voz alta:

—No bajes la frente; no implores gracia cuando los hombres te insulten; no supliques á las amenazas de la justicia; no temas el desprecio de las gentes ni las execraciones del mundo; míralos cara á cara y diles: «Yo no tengo la culpa. Vosotros me hicisteis caer. Una vez caída, rodé sin tregua; hoy vendo mi cuerpo al primero que lo compra, é insulto con mi presencia la honradez ajena. Todo lo bueno que en mí existía he llegado á perderlo por vosotros. ¿De qué me hacéis responsable ahora?»

Mas ¡ay! que mi consejo fuera inútil, tanto como lo serían las reclamaciones de aquella mujer. El mundo, juez y parte siempre que de sus crímenes se trata, sabe disculparlos. Al que protesta le responde:

¡Væ victis!

Es cierto: ¡Ay del vencido!

¡Ay de la pobre Rosa, que tal vez se retuerce,

pesando las horribles consecuencias de esa máxima brutal, en el lecho revuelto de una mancebía!

LUISA.

TIENE el cerebro humano repercusiones extrañas que lo conmueven rudamente, obligándole á remover cenizas de acontecimientos pasados; ecos sombríos diversos en absoluto de los provocados por la voz, pues así como éstos sólo alcanzan á repetir la última sílaba de una frase, les es á aquéllos suficiente un nombre para recomponer toda una historia. Historias ¡ay! que no mueren, que no desaparecen en el revuelto fárrago de los años, historias que, en acecho de una ocasión,

permanecen ocultas, para surgir de pronto, revelándonos, con su espantosa realidad, que ellas han sido, en las dolorosas transformaciones porque nuestro espíritu, inconscientemente, ha pasado, causa fatal y determinante.

Luisa: Este nombre, que anoche pronuncié, cas distraído, trajo á mi memoria el recuerdo de un fantasma, no de aquellos fantasmas que los alemanes construyen con jirones de la niebla de su país, sino de un fantasma que ha tenido, que tiene formas reales y evocaba con su presencia los dichosos tiempos en que yo también era un fantasma porque estaba repleto de fantasías.

Mozalbete inexperto, larva nutrida con la savia de esos poetas inocentes y soñadores que hacen del hombre un Dios, de la mujer un ángel, de la sociedad un paraíso, juzgándome provisto de todos los esfuerzos, de todas las resistencias, de todas las energías necesarias para el combate, abandoné la obscura capital de provincia donde habitaba, y vine á Madrid avaro de tender en ella mis alas de mariposa. ¡Cuántas decepciones me aguardaban en Madrid! ¡cuántas me aguardan todavía! porque el dolor es el compañero más seguro y constante del hombre. No dudo de la inmortalidad del alma porque no dudo de la inmortalidad

del dolor.—Madrid—decía yo,—ese mar revuelto por oleadas de ideas, esa profusión de seres que lo habitan, constituyen algo á propósito para que el poeta logre extender allí sus facultades, dilatarlas hasta lo infinito y reconcentrarlas después en un hecho real y positivo Madrid es la gloria, el amor..... el amor sobre todo.....—Y Madrid, mirándome con esa sonrisa propia de los monstruos, sonrisa burlona que he tenido ocasión de contemplar muchas veces, me contestó, arrojando bruscamente una mujer ante mi paso.—¿Tú me juzgas de esa manera? Pues bien, ahí tienes una obra mía. Estúdiala.—Rubia, pálida con esa palidez pensadora de las vírgenes que sueñan amores desconocidos, de ojos azules y melancólicos, en los cuales había tanta sombra como luz, verdadero capricho de una ilusión que empieza; los labios finos y ligeramente contraídos; la garganta flexible y robusta á un tiempo mismo, hermosa curva donde el artífice divino había derrochado caudales de belleza; el cuerpo esbelto y bien torneado; los pies menudos, pies andaluces que se arqueaban bajo el zapato de seda, y la mano breve, nerviosa, cubierta de venas azuladas; añadid á esto una bata azul con lazos blancos, por cuya espalda ondeaban los cabellos de Luisa, haz de oro espigado sujeto por una cinta

color de rosa, y tendréis la imagen de aquella mujer que en aquel instante, cuando yo la vi, semejaba heroína de alemanas leyendas acariciada por un recuerdo de infinita dulzura.

¡Qué amor tan inmenso he sentido por ella! Llegaba á su lado como llega el creyente á los pies de la imagen que adora. Un gabinetito donde mil flores, agrupadas en vistosas macetas, daban al ambiente suavísimos perfumes, tapizado por obscuros cortinajes é iluminado por oscilante lámpara de cristal bohemio, cuyos tibios rayos amortiguaba una bomba teñida de azul, era el hermoso templo en cuyo fondo se erguía imponente, majestuosa y dulce á la par la pálida diosa de mis amores.

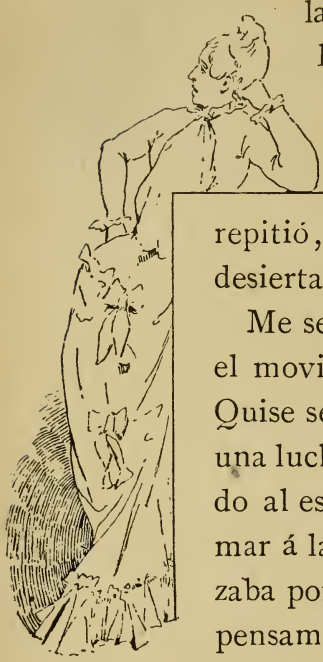
Luisa representaba á mis ojos algo tan puro, tan grande, que ni una sola vez me sentí capaz de profanarla. La soledad de nuestras entrevistas no era estorbo, sino ayuda de mi respeto: la inocente confianza con que llegaba á mí su invisible protector.

Aún recuerdo la última noche que pasamos juntos.

El libro donde yo no estudiaba hacía tiempo, abierto sobre la mesa, y Luisa á mi lado, suelta la rizosa cabellera, que yo arrollaba trémulo á

una de mis manos mientras con la otra oprimía ligeramente, casi sin tocarla, su cintura; la miraba con avidez inundándome en el divino fuego de sus ojos. Solos, completamente solos en aquel recinto donde vivíamos juntos, Luisa era mía y, sin embargo, apenas si besé rápidamente su mano ardorosa, que temblaba. Había en mi conducta para con ella algo más que respeto, fatalidad; yo necesitaba elevarla muy alto para sentir todo el efecto de su caída.

¡Cómo la pinté en aquel momento, con voz vibrante de emoción, el nido precioso donde nos cobijaríamos cuando yo, vencedor en la sangrienta lucha por la gloria, pudiese arrojar á sus pies las verdes coronas, premio de mis continuos afanes! Ella sería la musa, que inspirando mis cantos, me diera fuerzas para seguir animándome con un beso, con una palabra cariñosa..... Luego el aislamiento de dos que se aman, el capricho adivinado, lágrimas que se funden en la copa del dolor, sonrisas de placer que se juntan en el espacio..... Esas pequeñeces inmensas que forman la felicidad de los enamorados.—Luisa me escuchaba con atención, é inclinando hacia atrás su hermoso busto, me envió una mirada repleta de deseos. La contemplé con asombro y me levanté confuso, vaci-



lante, sintiendo palpitar rápidamente la sangre de mis venas.....

Cuando se alejó de mí, volviendo su cabecita rubia para despedirse, «¡adiós!» me dijo. «¡Adiós!» repitió, alejándose por el fondo de la desierta galería.

Me sentí dominado por la fiebre y tuve el movimiento salvaje de la bestia en celo. Quise seguirla, pero me detuve. Fué aquella una lucha horrible. La materia aguijoneando al espíritu y el espíritu procurando domar á la materia. Una idea fija, tenaz, danzaba por mi cerebro, demonio lúbrico de mi pensamiento. Permanecí más de dos horas con la frente hundida entre las manos Cuando levanté la cabeza estaba lívido, pero mi rostro resplandecía con expresión de triunfo. Asceta de su amor, había vencido las tentaciones de su carne.

*
* *

Al día siguiente, no sé cómo, pero lo supe con esa certeza que no da lugar á dudas, que no nos permite ni este último consuelo del desengaño,

aquella mujer, aquella virgen de mis primeros amores, era una mentira. Yo, poeta por temperamento, le había prestado atributos que no le pertenecían en manera alguna. Sus ojos no brillaban con el temor de la esperanza, sino con la incertidumbre del hastío; sus labios, que yo juzgué tan frescos, conocían las borracheras del placer, y sus cabellos, sus hermosos cabellos que yo acariciaba temblando, los echó más de una vez aparte con enojo la mano del libertino. Luisa era una cortesana impura que ni siquiera tenía la miseria en su abono.

Sensual, caprichosa, amiga de la vanidad, encontraba en mí un ser nuevo, un chiquillo soñador, un alma que romper, y el fenómeno era bastante extraño para que ella no lo estudiara. Adoptó posturas inocentes, conversaciones infantiles, rubores inexplicables, y tuvo y hubiera tenido calma suficiente para esperar mi desbordamiento apasionado y reunir un apunte más al libro de sus memorias.

Así me lo dijo un hombre de cuyo afecto no puedo dudar, y al mismo tiempo me enseñaba cartas, citándome nombres, ocasiones, lugares.....

Le escuché al principio con admiración; después, ante el testimonio de los hechos, retrocedí

convulso, sintiendo que una bocanada de negrura se me entraba por los oídos hasta el corazón, y me apoyé contra un velador, ebrio de amarguras.

—¿Qué tienes?— me preguntó mi amigo.

—¡Qué tengo!—exclamé con la última energía de la desesperación.—¡Tengo hambre de matar.—¡Ay!—proseguí cobardemente al ver derrocarse con estruendo el edificio de mis fantasías;—¡me espanta ese abismo que has abierto delante de mis ojos! Tengo miedo.

—¿Miedo? ¿de qué?

—De esa realidad que me ofreces. Y sobre todo ella..... ¡ella!

—¡Bah! — repuso mi interlocutor — no seas tonto: el mundo hay que tomarle tal como es. Te he dicho eso por bien tuyo; y ahora voy á aconsejarte una cosa: puesto que la ocasión es propicia, aprovéchala y luego abandona á esa mujer demostrándola que la has conocido.

—Adiós—añadió.—Y dándome un fuerte apretón de manos, se alejó satisfecho.

Como operador podría estarlo. Había batido con pulso firme, y para siempre, las cataratas de mi alma.

Tomar el mundo tal como es..... ¡Qué espantosa palabra! Pero el mundo—decía yo—¿es así,

tan miserable? y ella..... No es posible; ¡mentira! —Y me aferraba como un náufrago á esta palabra: Mentira.— Mas ¡ay! verdad desgraciadamente; mentira ella, mentira mis ilusiones, pero mi amargura y su engaño eran verdad.

Hubo un instante, uno sólo, en que me sentí decidido á buscarla, gozar de sus favores y arrojarle en rostro su crimen. Imposible: en el primer combate, cuando la herida es muy honda, no se siente uno con fuerzas para devolver el golpe traidor que ha recibido. Mi corazón se oponía á aquella represalia vergonzosa. Caer con ella era aún más horrible que mirarla caer. Me faltaba mucho camino que recorrer aún para acomodarme á esas frías transacciones, para hacer del espíritu un esclavo.

Luisa ha muerto—dije.—Y borré su nombre de mis labios y lo inscribí como una reconvención sobre mi pecho.

. . . . . .

. . . . . .

Desde entonces, ¡cuánto tiempo ha pasado! Hoy, al recordar á Luisa, la he maldecido. Ella empujó mis pasos por la senda que atravieso; de ella viene el mal. El beso de la cortesana ha secado el alma del poeta.

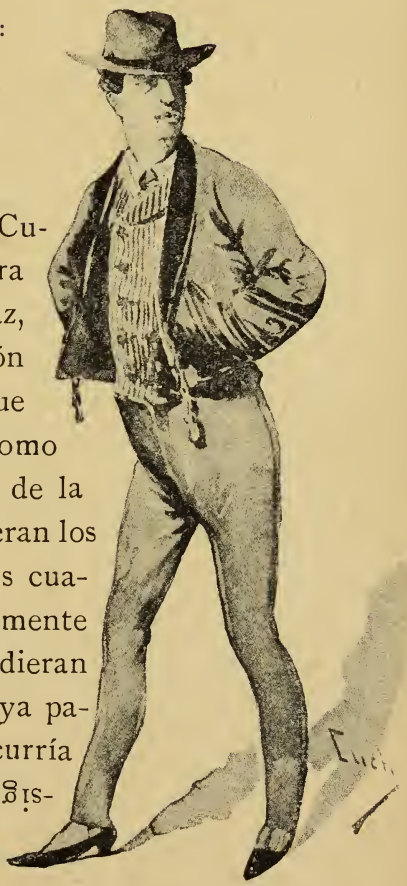
Pero no, pobre Luisa; soy injusto contigo. Pues qué, ¿no habrás tú sentido, como yo, como todos, en los primeros días de tu juventud, agitarse en rededor tuyo esos delirios, esas imágenes puras de que yo estaba saturado cuando te conocí? Tú también habrás recibido duras lecciones de algún ser que escogiste para tu egida y que se transformó en tu verdugo. ¿Qué has hecho conmigo sino lo que yo hice más tarde con otros, devolver golpe por golpe y engaño por engaño? ¿Qué parte de culpas llevas en mis desdichas de hoy, instrumento irresponsable con que el destino me amarró á su carro de sombras?

¡Qué culpa tienes, desdichada mujer, si acaso es tu único delito haber sufrido antes que yo!

EL SEÑORITO CHULO.

Por la estafeta del Parnaso:
á *El Curioso Parlante.*

¡VÁLGAME Dios, Sr. Curioso, si V. viviera y con V. aquel espíritu sagaz, aquella profunda observación y aquella chispeante ironía que así brotan de sus artículos como brotan del sol los rayos y de la noche las sombras! ¡Si aún fueran los dichosos tiempos durante los cuales tronaba usted sarcásticamente contra las ridiculeces, y si pudieran añadirse nuevas horas á las ya pasadas, cuando su pluma discurría sobre el papel grabando con trisnos indelebles las costumbres de sus contemporáneos!



De ocurrir esto, fuera grande mi dicha y ahorrárame yo de mandar á V. esta carta, que acaso no llegue á su destino ó llegue tergiversada y con dos ó tres siglos de retraso, los cuales deben suponer para los administradores de correos de lo infinito lo que suponen dos ó tres días para los administradores del propio ramo en esta finita y perecedera patria, donde tuvieron la imprevisión de parirme y donde tendré la paciencia de vivir hasta que el cielo se sirva otorgarme la única merced que en vida le merece el hombre.

Pero V. ha muerto, y con V. los artículos de costumbres. Como yo no he de resucitarlos ni hallo, al presente, nadie capaz de tan sublime operación, no puedo por menos de sentirme apesadumbrado, porque hoy, más que nunca, hace falta un ingenio que fustigue con el látigo implacable de la sátira la sociedad que nos rodea. Este, solo este, es el motivo que me induce á escribirle; encuéntrome ganoso de comunicar mis impresiones, y á V. recurro, pues V. me inspira una confianza sin límites, engendrada por la continua y atenta lectura de sus obras, donde tan gráficamente quedó impresa su personalidad, que todas las mañanas les doy los buenos días, y siento extrañeza al ver que no obtiene respuesta mi saludo.

Cansado de esperar esa respuesta, á V. me dirijo personalmente (le ruego que perdone el atrevimiento) para darle á conocer un tipo nuevo, ser anfibio que gestaba en el claustro materno de lo absurdo cuando V. murió, y que actualmente ha visto la pública luz, reproduciéndose con tal rapidez, que llena ya, casi por completo, los ámbitos de esta famosa corte de las Españas, como aún la nombran algunos aficionados de los estudios arqueológicos.

Este nuevo ente, que ha tomado proporciones idénticas á las del cólera del 55, es *El señorito chulo.*

Usted encontrará inaudita la unión de esos dos nombres; igual me ocurre á mí, y, no obstante, ha sido, es y será, yo no sé hasta cuándo, pero dada la idiosincrasia de este país, donde se hace lo ilógico de un suceso motivo suficiente para su prolongación indefinida, juzgo que tenemos señoritos chulos hasta la consumación de los siglos.

Me es necesario, para demostrar á V., señor Curioso, la existencia de la supradicha heterogénea personalidad, ponérsela de manifiesto; y si no miente el refrán que dice: «Para muestra, basta un botón,» allá va mi amigo Pepito, que en el

asunto que nos ocupa, botón es y de buen tamaño.

Como este párrafo, así como los que le preceden y han de seguir, debe quedar (yo se lo ruego) entre nosotros, voy á hacer á V. la descripción de mi amigo con toda la ingenuidad de la confianza.

Pepito es un hombre como todos los demás; ni alto ni bajo, así en estatura como en pensamientos; pálido, con esa palidez que tan admirablemente destaca las verdes ojeras con que siempre se manifiesta el placer en los organismos degenerados por el abuso y la fuerte coloración de los labios, contraídos por el *rictus* grosero del borracho; el cabello negro, tan abundante en rizos como en desengaños el alma de un hombre sensible, peinado hacia delante, y la cara afeitada, circunstancia que transforma á mi héroe (con la de un actor no tiene su cara punto alguno de contacto) en mozo de café ó degollador del Matadero. He aqu la ornamentación física de este sujeto.

En lo que toca á prendas de vestuario, usa la imprescindible americana de terciopelo, los ajustados pantalones, verdadera funda donde, con ímprobos trabajos, introdúcense dos flaquísimas piernas, el vistoso chaleco y la abigarrada corbata

sujeta al cuello de la camisa por brillante ceñidor.

Un sombrero hongo, siempre inclinado á la izquierda de la fisonomía y unas botas de *caña* obscura, son, respectivamente, base y coronamiento de tan simpática figura.

No llegue V. á suponer, por cuanto llevo escrito, que el personaje de mi carta nació en alguna carnicería ó taberna bien acomodada de los barrios bajos: no señor. Pepito es hijo de una dignísima señora, á quien tengo el gusto de tratar, que posee un caudal más que mediano y guarda en el fondo de una arquilla vieja pergaminos nobiliarios, cosa, en verdad, de poca monta, pero de ella tan estimados como lo son de mí las *Escenas Matritenses*. Además, el muchacho ha estudiado cinco años de filosofía y hasta creo que comenzó una carrera.

Por tales razones comprenderá V. que es el tal un mozo medianamente ilustrado, que ha recibido excelente educación y frecuenta de vez en cuando sociedades, para asistir á las cuales le precisa vestir de *lipendi*. Así nos llama él á cuantos tenemos el mal gusto de usar á diario la levita.

Buscando estaba yo no hace muchos días asunto digno de molestar su atención, y juro de cierto

que nunca hallé tan estéril mi ingenio, con serlo mucho, como entonces. Cuantas veces mojé en tinta la pluma y quise comenzar mi trabajo, hube de tachar nerviosamente lo escrito. Aburrido, y, más que aburrido, desesperado por la inutilidad de mis esfuerzos, iba á tirar la pluma y á romper las cuartillas, cuando, abriéndose violentamente la puerta de mi habitación, aparece en ella Pepito, y arrojando sobre una silla su capa con embozos de terciopelo color vino, se acerca á saludarme.

—¡Cielos!—grité (el grito fué para mis adentros),—ya tengo lo que buscaba; nada como el retrato de mi amigo puede agradar á «El Curioso Parlante», quien podrá mostrarlo á sus compañeros de gloria no tal como yo lo remito, sino miniado por el artificio de su ingenio.

En efecto, decidido á seguir aquel carácter en todas sus manifestaciones, pregunté á Pepe:

—¿Qué traes por esta casa?

—Nada—me respondió,—el gusto de verte y el deseo de invitarte á escuchar á la Rosa.

Hubo de extrañarme el artículo *la* precediendo al nombre de una mujer, y volví á interrogar á mi interlocutor en la siguiente forma:

— ¿Quién es *la* Rosa? ¿Alguna eminente artista?

—¡Oh, y de las mejores!—repuso él.

—¿Trágica, por ventura? ¿Cómica? ¿Lírica?

—Algo más que todo eso. Es una *cantaora*.

—*¿Cantaora?*..... Ah, vamos, artista *flamenca*.

—Justo. Conque si quieres.....

—¡No he de querer, hombre!— respondí afirmándome en mi anterior idea,—¡pues no faltaba más.

Alcéme de la silla y achulándome lo mejor que supe, seguí al *diletanti in partibus flamencorum*.

Llegados que fuimos á la calle de los Estudios, hicimos alto frente á una taberna ó tienda de andaluces (cosas idénticas aunque no lo parecen). Entramos, y previa venia de un mozo mal encarado que estaba detrás del mostrador, pasamos á un cuartito, ocupado por los siguientes personajes:

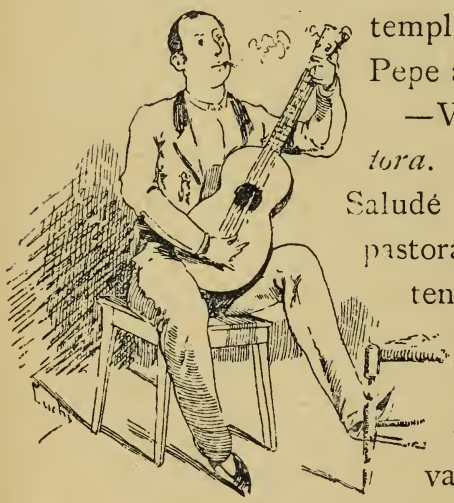
Cuatro ó cinco jaques de ancho sombrero y voz aguardentosa y una mujer morena, no mal parecida, que tarareaba los gorgoritos de un *polo*.

—Buenas tardes, caballeros--dijo Pepe al entrar.

Miré yo á todas partes buscando los supradichos caballeros, y hube de suponer, porque no hallé ninguno, que á los antes citados se dirigía el saludo.

—Buenas tardes, don Pepito y la *compaña*—respondieron ellos.

Sentóse mi amigo al lado de la mujer y comenzó á dirigirle requiebros que tenían mucho que admirar, así en lo incorrecto como en lo desvergonzado de la frase. Terminados que fueron, llamó, vino el mozo, recibió órdenes y volvió á poco rato con dos botellas de manzanilla, doce *cañas* y una guitarra. Llenáronse los vasos, y á la par que templabla el instrumento, dijo Pepe á mi oído:



—Vas á oir á *La Divina Pastora.*

Saludé yo á la chula, que, si de pastora podía tener algo, de divina tenía muy poco, y aceptando una caña que ella me ofreció, me dispuse á escucharla. Los otros, que ni siquiera se levantaron á nuestra llegada, comenzaron á palmotear acompasadamente; tocó mi compañero unas malagueñas y la moza se *arrancó* (así se dice en términos técnicos) con la siguiente copla:

No sé lo que tienen, madre,
Las flores del campo santo,
Que, cuando las mueve el viento,
Parece que están llorando.

—*¡Olé!* ¡Viva la alegría!—exclamaron todos.

—Pues no tienen nada de alegres ni la copla ni la música—dije yo en voz baja á Pepito.

—Calla—replicó éste,—eres un *panoli*.

Tan enterado quedé del calificativo como de la alegría de la copla, pero callé avergonzado de mi ignorancia.

Siguieron el *cante* y el ruido y la algazara, amén de palabras obscenas y dicharachos groseros, hasta que, ya calientes las cabezas, y más que ninguna la de mi amigo, álzase éste y pretende abrazar á la *diva*.

¡Allí fué Troya!

Resiste la moza, insiste Pepe, tiemblo yo, los *jaques* murmuran y uno de ellos, de cuerpo enjuto y cara más llena de chirlos y cicatrices que fachada de casa antigua, se dirige al erótico galanteador y le grita:—Eso no, don Pepito.—¿Por qué no?—responde éste.—Porque yo no quiero. Valiente cuidado me da á mí que tú quieras ó no; y pretende continuar su amorosa tarea.

El *jaque* se interpone; alza Pepe la guitarra, convertida de músico instrumento en arma ofensiva, y la deja caer á plomo sobre la cabeza del matón, hundiendo la primera hasta el cimiento de la segunda. Los compadres del lesionado se al-

borotan; éste registra el bolsillo interior de su *marsellés*, el otro empuña una botella, aquél se mete debajo de la mesa; quién abre una navaja y descarga contra las paredes el furor de su acometida, cuál otro esgrime una banqueta. Yo cojo del brazo á mi amigo y tiro de él, batiéndome en retirada y haciendo el molinete con una silla.

Al fin gano la puerta, no sin recibir antes un taburetazo mayúsculo; llego al mostrador, pago, porque si bien es cierto que allí todos pegaron, yo solo pagué; me planto en la calle; meto á Pepe en un coche; restaño con mi pañuelo la sangre que inundaba su rostro, acariciado por las delicadas uñas de *la Rosa;* le subo hasta su cuarto; despido el coche, y al verme solo, libre por fin de tamaño desastre, no puedo menos de levantar los ojos al cielo y prorrumpir en esta filosófica exclamación:

¡Oh, sabia Naturaleza, que siempre creas algo nuevo para tormento de naturalistas y filósofos! ¿Dónde colocaré yo este ejemplar novísimo, este pulpo de la penúltima década del siglo XIX, que apoyando su cuerpo en la cultura, se aferra con sus estúpidos tentáculos á los veladores de las tabernas y á los lechos de las mancebías?

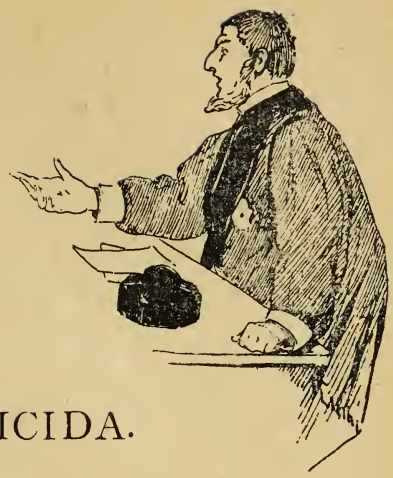
Yo no atino á verificarlo, y á V., Sr. Curioso,

lo remito para que lo clasifique en lugar correspondiente.

Suyo apasionado admirador,

JOAQUÍN DICENTA.

P. S. Acaban de decirme que se han cortado las relaciones con el Parnaso. Gracias á que al presente no hay viajeros disponibles; pero ¿qué será de mi carta?



LA INFANTICIDA.

PENETRANDO como cuña á mano por entre la masa de carne curiosa, logré alcanzar un puesto en las primeras filas. Detrás de mí quedaba el salón, semialumbrado por las tintas indecisas del crepúsculo. De aquella penumbra surgía, á manera de fantástico é irregular bosquejo, el contorno móvil de la muchedumbre que llenaba el recinto, avara de recoger una por una todas las peripecias del trágico proceso. Enfrente de mis ojos, separado del público por una barandilla de hierro, alzábase el estrado judicial. Á la derecha y á la izquierda del mismo veíanse dos mesas y dos hombres; el uno estaba allí para acusar; el otro para defender: era su oficio. En el fondo,

bajo un dosel de terciopelo y oro, otra mesa más ancha y más alta, cubierta de negro y tapizada de rojo, colores expresivos — el de la tinta y el de la sangre, — servía de parapeto á tres figuras lívidas que, envueltas en largos ropajes, seguían impasibles la lectura monótona del relator.

Aquellas tres sombras eran los jueces.

Un Cristo de metal, colocado en el centro de la mesa, les volvía la espalda, encarándose con el miserable banquillo donde una mujer, de cabellos rubios y ojos azules y tristes, lloraba en silencio, con la barba sobre el puño y el codo sobre las rodillas.

Todo predisponía en favor suyo. Imagen candorosa y pródiga en dulzuras, embellecida entonces por el dolor, inspiraba angustia y respeto.

Sin embargo, se la imputaba un crimen horrible, revestido de circunstancias feroces: un infanticidio.

Y el hecho no admitía duda: bastaba examinar el apuntamiento de la causa para convencerse de la verdad. La prueba pericial y la prueba testifical venían á confirmarla. La misma acusada se declaraba responsable del crimen.

He aquí el extracto de la causa:

*
* *

Rosa N....., soltera, de veintiún años, sostenía relaciones con un hombre que debía ser bueno, puesto que el alcalde del barrio certificaba de la honradez de su conducta. Este hombre hizo suya á Rosa, y después se alejó de ella, dándola por completo al olvido. Un disgusto, la propia conveniencia, cualquier otra circunstancia, motivaron el abandono — esos abandonos se justifican siempre.—La joven no quedaba sola: en su vientre se debatía un ser humano: la marca viviente de su falta, el padrón futuro de su ignominia.

Los padres de Rosa inflexibles, severos—gentes de honor,—no se dieron cuenta de nada; su hija les ocultaba diestramente su estado.

Así pasaron días y meses. Cierta noche, en la soledad de su cuarto, advirtió Rosa que el jirón de humanidad oculto en su vientre pugnaba por abandonarlo, reclamando, con insistencia dolorosa, su puesto en el mundo.

Para conseguirlo desgarró brutalmente la entraña que le sostenía. La madre ahogó entre sus dientes apretados un grito espantoso que se le encaramaba por la garganta arriba; pudo más en ella el miedo de su infamia que la fuerza de su dolor. El niño, al verse fuera del claustro materno, rompió á llorar.

El primer pensamiento de Rosa fué hacer enmudecer á su hijo. ¿Cómo? De cualquier modo. «¡Que no llore! ¡que no llore!» Esta fué la idea fija en el cerebro de la madre. Y para conseguirla comprimió con su mano nerviosa, terrible en aquel instante, la boca del recién nacido. Éste quiso defenderse llorando más fuerte aún. Ella, temiendo que sus padres oyeran aquel llanto, sujetó con la mano que le quedaba libre la garganta del pequeñuelo y apretó, apretó con furia, con rabia, con frenesí de tigre y tenacidad de histérica.

De pronto el niño cesó de llorar: estaba muerto. La asfixia le había ennegrecido el rostro; sus ojos abiertos protestaban, desde el fondo de unas pupilas desmesuradamente dilatadas, de aquella muerte que le sorprendía al nacer; sus labios se plegaban hacia los extremos de la boca manchados por una espuma sanguinolenta, y dos lágrimas—toda su vida,—surcaban sus mejillas para caer, como reproche acerbo y mudo, sobre las manos temblorosas de la madre criminal.

Pero Rosa no se dió cuenta de aquellas lágrimas; vió tan sólo que su falta se trocaba en delito, y así como procuró ocultar la primera, trató de borrar el segundo.

Con paso febril, pronto é irregular, atravesó un

pasillo, abrió una puerta, se detuvo frente al respiradero de una letrina y trató de arrojar por ella su fúnebre carga. El hueco era demasiado angosto para ceder paso al montón de carne estrangulada que se le ofrecía; inútiles resultaron los esfuerzos de la delincuente; el sumidero no quiso ser cómplice del atentado..... El cráneo del niño crujía sordamente..... la lucha era infructuosa. Así debió comprenderlo la infanticida, cuando levantando el cadáver con sus manos crispadas, trató de huir buscando otro medio, otro recurso de salvación. En tal instante, un rayo de luna vino á iluminar el siniestro grupo, y Rosa, contemplando con espantados ojos aquel rostro ennegrecido, aquellos labios cárdenos, aquel cráneo roto, aquella garganta acardenalada, arrojó lejos de sí el cuerpo de su víctima, y lanzando un grito estridente, rodó por el suelo, presa de horrible convulsión.

Allí la sorprendieron. Una criada dió la voz de alarma; la justicia intervino y Rosa fué conducida al hospital primero y á la cárcel después.

Del examen pericial resultó lo siguiente:

Que el niño encontrado junto á Rosa había nacido con suficientes condiciones de viabilidad; que primero se trató de asfixiarle comprimiendo su boca; que juzgándose demasiado largo este

procedimiento, se le había estrangulado ; que con objeto de ocultar el delito se trató de arrojar al recién nacido por un sumidero, en cuyo orificio, demasiado angosto, se había destrozado el cráneo de la víctima en virtud de los esfuerzos empleados por la delincuente para hacerla desaparecer; que por el examen de las ropas de la mujer y de la mujer misma, resultaba probado que ella era la madre del muerto; que el desmayo se justificaba por el estado de debilidad subsiguiente al parto; que el niño ofrecía en sus miembros señales precisas de presiones violentas hechas unas antes y otras después de que hubiese dejado de existir, y que así lo declaraban en forma para los oportunos efectos.

*
* *

Terminada la prueba, usó de la palabra el fiscal, un hombre pálido, nervioso, enjuto, de ademán sobrio y frase concisa. Examinando los hechos con escrupulosa rigidez, sostuvo, en forma clara y terminante, que para la comisión del crimen, «crimen horrendo, inconcebible, inexplicable, indisculpable, etc., etc.», habían concurrido todas las

circunstancias agravantes, y echando mano de los artículos de la ley como se echa mano de un arma para herir, los dejó caer á plomo sobre la cabeza de la delincuente, mostrándose inflexible al reclamar el castigo por aquellos artículos marcado.

Fué la suya una acusación en regla, «un bonito informe», como dijo cierto curial muy versado en los asuntos criminales.

La defensa, de fórmula «de oficio», fué breve, y más que á otra cosa encaminada á cumplir con los requisitos forenses, circunstancia que no implica reproche alguno para el defensor, que hizo todo lo posible, procurando desvirtuar los hechos, oponiendo artículos á artículos, cumpliendo su deber, en una palabra.

Entonces, cuando el defensor hubo terminado, el Presidente de la Sala, inclinándose sobre la mesa y dirigiéndose á Rosa, que seguía llorando, la preguntó con voz indiferente y glacial:

—«¿Tiene la acusada algo que exponer en su defensa?»

Rosa se puso en pie. Su rostro pálido y convulso reflejaba una angustia profunda, su pecho se alzaba y se deprimía con violencia; dió algunos pasos, y extendiendo las manos hacia adelante, exclamó entre sollozos y lágrimas:

—Tuve miedo..... miedo del mundo..... miedo de mis padres..... ¡Estaba loca de miedo!.... Ahora no sé nada, nada más que una cosa: ¡Que he matado á mi hijo y que quiero morir!

Un grito ronco brotó de su garganta; su cuerpo, oscilando pesadamente, vaciló un segundo, desplomándose luego sobre la alfombra del estrado. La multitud, ansiosa de recoger aquella última y dramática peripecia del proceso, se arremolinó, chocando como un oleaje humano contra la barandilla de hierro, y mientras los ujieres procuraban contener su avance y un médico examinaba á Rosa, oyóse la voz del Presidente que decía:

—« Concluso para sentencia.»

*
* *

Ignoro cuál fué la sentencia recaída sobre aquella mujer. ¿Para qué saberlo?.... Pero es lo cierto que en la soledad de mi cuarto, cuando la vida del recuerdo se agolpa tumultuosamente á nuestro cerebro, evocando imágenes ora punzantes y crueles, ora halagüeñas y acariciadoras, evoqué más de una vez el perfil trágico de aquella madre criminal, sus últimas palabras y los trá-

mites varios del proceso, que seguí atentamente con los ojos y con el alma en aquel salón semi-alumbrado por un crepúsculo fúnebre y por una ley inflexible.

—¿Es posible—me he preguntado siempre al evocar aquella memoria — que la naturaleza yerre hasta el extremo de convertir el más santo de los amores en el más horrible de los odios? ¿Puede el ser más perfecto y mejor organizado de todos los seres incurrir, por su propio influjo y con no interrumpida frecuencia, en crueldades ajenas á seres de más ínfima representación? La mujer, que ha sido siempre la fórmula más acabada del sentimiento y la dulzura, la más completa síntesis de la maternidad, ¿puede, sin causas externas que á ello la obliguen, contrariar esa su significación y ese su más arraigado afecto? ¿Cabe pensar que la mujer sea la menos madre de todas las madres?

No, no es posible. Suponer eso valdría tanto como negar el perfeccionamiento ascendente de los seres; tanto como decir que el hombre, el organismo más remiso en su desarrollo, el que más atenciones y más cuidados necesita, es el menos socorrido por la ternura maternal. No; la madre humana, por sí propia, es la más amante de

todas las madres. Si delinque, si atenta á la vida de sus hijos, hay que buscar el origen de su proceder en causas ajenas á su naturaleza, las cuales, influyendo sobre ésta poderosamente, llegan á modificarla, á pervertirla y á endurecerla, transformando el cariño en odio, la ternura en miedo, el amor, que vivifica y salva, en vergüenza que estrangula y destruye.

Y esas causas existen. Son producto de nuestra organización social raquítica, antinómica, defectuosa, llena de contradicciones y anacronismos; organización rudimentaria que se juzga perfecta en sus leyes, que olvida las imposiciones de naturaleza y crea — por olvidarlas — conflictos de los cuales hace responsable al individuo mientras ella se diputa santa colectivamente.

Si yo hubiese tenido á mi cargo la defensa de Rosa, hubiera dicho á los jueces y á la muchedumbre, representantes de la sociedad en aquel proceso:

Ahí tenéis una mujer acusada del más horrible de todos los crímenes. Esa mujer ha nacido y se ha desarrollado en una atmósfera artificial y falsa que vosotros creasteis en vuestra ignorancia ó en vuestro orgullo. Esa mujer ha oído repetir una vez y otra á sus padres, á sus amigos, á la socie-

dad entera, que cuando la mujer se entrega al hombre sin cumplir tales ó cuales requisitos, ha perdido la honra; que lo que es santo, noble y justo en la mujer casada, es horrible, imperdonable y afrentoso en la mujer soltera, como si el matrimonio, ese matrimonio que vosotros fundasteis, fuese una consecuencia humana y no un accidente social. Esa mujer amó á un hombre, y llegado un momento, una circunstancia que las leyes sociales no pueden impedir, se entregó á él, obedeciendo á exigencias de su organismo, porque la mujer ha nacido para ser madre y no para ser virgen.

Aquel hombre la abandonó, sin dar importancia á su abandono, porque esos abandonos se estiman como hecho natural y corriente. Apenas exigís responsabilidades al hombre que abandona; pero en cambio seguís arrojando sobre la mujer abandonada vuestras preocupaciones, vuestros odios y vuestros estigmas.

Y, es claro, esa mujer tuvo miedo, vergüenza; vió la deshonra social caer á plomo sobre su fama, comprendió que — según vosotros — la humanidad que gestaba en su vientre era un padrón de ignominia futura; temió á sus padres, os temió á vosotros también, y cuando su hijo vino al

mundo, impulsada por ese temor, le dió muerte, creyendo que desapareciendo el testigo aparecía la honra que la sociedad exige á las mujeres solteras.

Ya sé que vais á responderme: «Esa mujer pudo arrostrarlo todo por su hijo.» Es verdad. Pero para sufrir el escarnio, la afrenta, el latigazo en el alma, más horrible cien veces que el latigazo en el cuerpo, precisa un heroismo de mártir, y los mártires son excepciones humanas que no deben tenerse en cuenta.

Aquella mujer cometió un delito, es cierto, no cabe negarlo, pero hay que estudiar á la vez los móviles que la impulsaron á cometerlo. Recuérdense sus últimas palabras: «¡Tuve miedo!» ¿De quién? De la sociedad que escarnece y ultraja á la mujer que se rinde por amor, como si el amor no fuese un afecto puesto por encima de todas, absolutamente de todas las leyes sociales.

El delito que esa mujer ha cometido es horrible; urge evitar que otros de índole semejante le sucedan, y para eso es preciso que vosotros, entidades sociales, hombres serios, jueces sabios, muchedumbres curiosas, no abofetéeis con vuestro desprecio á la mujer caida; que la tendáis la mano; que amparéis su desgracia; que, si esto

no es bastante, modifiquéis vuestras leyes por impotentes y defectuosas, que cuando la mujer os enseñe un hijo no la preguntéis cómo le tuvo, y que ajenos á la ofensa, respetando á la madre, porque es madre y sólo porque es madre, os inclinéis reverentemente ante su paso.

Si no hacéis eso serán muchas las madres que maten á sus hijos; habrá que conducirlas á presencia de los jueces, habrá que castigarlas también.

Pero obrando en justicia, será preciso, al mismo tiempo, coger por el cuello á la sociedad entera y sentarla de golpe en el banquillo de los acusados.

LO QUE SOBRA.

CEREBRO bien construído, corazón sano, espíritu entusiasta y vehemente, acostumbrado á ver deslizarse su vida entre los esplendores de una naturaleza libre, de un cielo inmenso, de un ideal sin mancha; haciendo del honor, de la libertad, de la justicia y del progreso dogma cerrado é inabordable; enemigo de sinuosidades, de componendas, de distingos y transacciones; considerando la verdad y el bien como el

único fin de la existencia humana y la línea recta como el solo camino para obtener la una y realizar el otro, Pablo llegó á Madrid con la cabeza llena de ilusiones y el bolsillo vacío de dinero.

A su espalda quedaban el hogar tranquilo, la madre cariñosa, la niña que, al convertirse en mujer, le había entregado su corazón, los árboles gigantes bajo cuya bóveda verdosa é inquieta se había sublimado la conciencia del joven para transformarse en inflexible, bien así como se dilata primero y se petrifica después la conciencia del creyente bajo las bóvedas graníticas del santuario; allí quedaban asimismo los campos silenciosos y fértiles surcados por la reja y mostrando á través de los surcos prodigios de fecundidad; las flores, los arroyos, la montaña robusta, el viento franco, el horizonte dilatado, todo lo que es luz, armonía, grandeza: lo que dignifica el alma y fortalece la voluntad.

Enfrente de Pablo alzábase la populosa villa con sus calles múltiples, con su atmósfera densa é impura, con su cielo obscurecido por el vaho de cien industrias y de quinientas mil respiraciones; cielo mezquino sobre el cual se destacaban como otras tantas manchas, ya la pizarrosa techumbre de una torre, ya la sutil aguja de un campanario;

allí se descubrían también la multitud agitada por contrarias pasiones, los sueños del pensador, las codicias del ambicioso, las impudencias del vencedor, las amarguras del vencido: todo lo que es lucha, fiebre, sufrimiento y fatiga; lo que destruye la conciencia y quebranta el espíritu.

A Pablo no le arredraron estas imágenes, que aún se dibujaban confusamente para él. Tenía mucha juventud y mucha inexperiencia en el alma.

—«En mi cerebro hay ideas, en mi corazón hay energía—se dijo.—Debo aprovecharlas, no tanto en mi obsequio como en obsequio de los demás. ¿Existen injusticias sociales, poderosos que oprimen, débiles que sufren, derechos que se violan, libertades que se cercenan, aspiraciones que se ahogan?

»Pues bien, no importa; yo lucharé con la pluma, con la palabra, con la acción si es preciso, para que las injusticias se remedien, para que los poderosos caigan, para que los débiles alcancen amparo, para que los derechos se cumplan, para que las libertades se impongan, para que las aspiraciones nobles se realicen. Y como la causa que voy á defender es justa, todos se apresurarán á abrirme camino, haciéndome un hueco en el libro, en la prensa, en el discurso, en todas partes.....

Arrostraré las iras del fuerte, pero recabaré el auxilio y el aplauso del oprimido y llegaré á ser grande, no por mí, sino por la grandeza de mi misión.»

Juntamente con las fantasías de su imaginación, con las nobles ambiciones de su espíritu, veía el joven reflejarse en el fondo de sus pupilas ardorosas y francas una cabecita llena de inocencia y bondad que le aguardaba sonriendo, imagen dichosa á la cual consagraría todos sus triunfos y todos sus laureles.

—Eso pienso, eso quiero, eso he de alcanzar—me dijo al presentarse á mí.—¿Verdad que no me equivoco?

No le respondí nada. Desengañarle hubiera sido empresa loca; desalentarle, proyecto criminal. Tratábase de un hombre esperanzado en su obra, seguro del éxito, dispuesto á no ceder ante el peligro. Quería luchar. Yo estreché su mano y permanecí inmóvil aguardando las consecuencias de la lucha.

Lucha espantosa, contienda siniestra de lo grande con lo mezquino, de lo justo con lo injusto, del derecho con el hecho, de la verdad con la impostura, de la generosidad con el egoísmo; guerra implacable, donde no se combate cuerpo á

cuerpo, porque el enemigo se oculta, parapetándose tras una muralla de preocupaciones, de temores, de respetos cobardes, de humillaciones vergonzosas; emboscada silenciosa y cruel; caza á la espera; lazo terrible tejido con el desprecio, con la burla, con el desdén, con el silencio, con la miseria y con el hambre, donde los combatientes del ideal son cogidos como fieras salvajes y se retuercen tan angustiosa como inútilmente, suplicando los más, rugiendo los menos.

¡Cuántas decepciones surgieron en el transcurso de aquella lucha frente á las esperanzas de Pablo! Yo le he visto más de una vez con las cuartillas delante y las manos sobre la frente combinar en su pensamiento críticas acerbas contra reconocidas injusticias, argumentos valiosos en obsequio de tal ó cual derecho cercenado, en oposición de tal ó cual sinrazón ó atropello. Le he visto levantarse de su asiento y decir: «Esto es justo, esto es noble, esto es bueno. Yo encontraré quien haga públicas las manifestaciones de una conciencia honrada, quien me preste asilo para proteger al débil y arrojar los anatemas de la razón sobre las iniquidades del poderoso.»

Le he visto hacer eso, y he visto también cómo llevaba el artículo á uno y otro periódico, que lo

rechazaba, no porque fuese injusto, sino porque agredía la inmunidad de este ó de aquel personaje importante, con quien no era útil indisponerse; he visto cómo depositaba el libro en manos de un editor, que no lo admitía por tratarse en él de problemas sociales, de deficiencias humanas, de crímenes colectivos, apuntando á la vez remedios para las unas y castigos para los otros, hechos que, según el editor, no importan á nadie. He visto deshacerse una por una las esperanzas de Pablo sin encontrar una mano que las brindase ayuda, sin obtener más que el silencio ó la negativa como respuesta de sus gigantescas aspiraciones.

He visto eso y he visto más. He visto cómo aquel hombre se hundía poco á poco en la más horrible de las miserias, llorando de impotencia y de angustia en el rincón frío de una buhardilla sin luz, y he visto debatirse con rabia, entre privaciones y desprecios, aquella inteligencia poderosa, aquella honradez cortada á pico, que la sociedad se había encargado de minar por el cimiento.

Aún recuerdo una tarde en que Pablo refería sus desgracias á mí y á otro sujeto, inteligente, á no dudarlo, pero burlón, escéptico, de alma gangrenada y conciencia flexible. Un hombre

práctico, como por ahí se dice, el cual, sonriendo á Pablo con irónica compasión, le dijo:

—Usted tiene la culpa, amigo mío. Usted y nadie más que V. ¿Quién le manda á V. meterse en libros de caballerías? ¿Tiene V. talento, inspiración, condiciones excepcionales? Pues no las dedique á favorecer utopias lejanas, sufrimientos colectivos; no la emplee V. contra el fuerte, porque el débil, no sólo no ha de favorecer á V. sino que tampoco le pagará con su agradecimiento. Nada de eso. Ponga V. su inteligencia al servicio de quien se la pague; utilice sus actitudes en medrar á costa de todo, y así conseguirá V. ser aplaudido y respetado. De lo contrario no alcanzará V. nada, ni siquiera el que sus libros se lean. No han de publicarlos: inéditos quedarán, para solaz y entretenimiento de ratones, en el último rincón de su buhardilla.

—¿Quién, yo, yo he de hacer eso?—respondió Pablo.—¿Yo he de faltar á los deberes que mi conciencia me impone? ¿Yo he de vender mi cerebro como una mercancía acomodaticia á todos los gustos y á todas las infamias? ¿Yo he de renunciar á mis proyectos, á mis ideas de justicia, de virtud y honradez? ¿Yo he de hacer todo eso? ¡Yo!

—O morirse de hambre y de humillaciones en el fondo de la buhardilla. Ese es el dilema —repuso el contrincante de Pablo con voz seca y amarga.

Pablo no dijo nada, y abandonó el café, pálido, convulso, vacilante, como si hubiera recibido una puñalada en el corazón.

. . . . . .

. . . . . .

Cinco años estuve fuera de Madrid, olvidado por todos y olvidado de todo también. ¡Ser olvidado y olvidar! Si eso resultara posible siempre, sería un hecho la felicidad del hombre en la tierra.

Pero no es posible; y yo, empujado por la marea social que lleva y trae á los seres contra sus deseos, contra sus voluntades, contra sus decisiones, regresé á Madrid, y en Madrid encontré lo que se encuentra en todas partes después de una ausencia: algunos amigos de menos y algunos desengaños de más.

No hace mucho tiempo, al atravesar una calle, hubo de llamar mi atención un carruaje que, arrastrado por dos caballos de buena sangre y de mejor precio, se dirigía á mí. Al verme un sujeto elegantemente vestido que dentro del carruaje venía, hizo parar éste y corrió á mi encuentro.

Tardé buen rato en reconocerle. Era Pablo. No

aquel Pablo lleno de juventud, con mucha franqueza en la frente y mucha honradez en los ojos, sino un hombre pálido, envejecido, de gesto burlón y mirada astuta.

—¿Eres tú?—le dije.

—Sí—repuso él.—¿Te extraña verme así? Pues la explicación resulta fácil. Ya lo ves, he ganado en fortuna, en reputación, en caudal, en crédito, en todo. Soy un hombre importante, respetado, temido. ¿Sabes lo que he necesitado para conseguir todo esto?

Y al ver que no le contestaba, añadió con acento nervioso en el que vibraba una desesperación profunda:

—Sólo he necesitado perder una cosa: la vergüenza.

EL TIESTO DE ROSAS.

Á LUIS BONAFOUX.

CARLOS merecía que tú le hubieras conocido. Era de los nuestros; de los que arrojan una carcajada sobre cada desengaño que

reciben, como arroja el sepulturero una paletada de tierra sobre cada muerto que le dan; de los que ríen en público y sufren á solas, transformando la mueca dolorosa en alegre gesto, la fisonomía en máscara, el placer en recurso, el amor en deleite y el sentimiento en sensación; alma de temple demasiado fino para ser comprendida por el común de las gentes, por esas gentes cuyas almas, semejantes á las bibliotecas de los necios, son tan sólo mueble de lujo que no se utiliza nunca; hombre, en fin, que, burlado en sus ilusiones por realidades crueles y vencido en sus esperanzas por decepciones hondas, había resuelto amoldar su carácter al patrón humano, y con objeto de adormecer los dolores que esta operación psíquica le causaba, echábase en brazos de todas las embriagueces carnales y apetecía el escándalo como un ruido que aturde, la lucha como una convulsión que distrae, la mujer como un entretenimiento que mata y el vino como un narcótico que embrutece.

«¿Qué puedo yo hacer?—solía decirme durante esas conversaciones íntimas que traen á los labios todos los repliegues del espíritu; — qué puedo yo hacer sino lo que hago? ¿Dar parte en mis quimeras, en mis sueños, en mis ideales, á un

mundo que, por no comprenderlos, los entregaría al escarnio y á la burla? ¿Ofrecer mi corazón á una mujer que lo rompiera como rompe el niño el juguete cuyo mecanismo desconoce? ¿Arrojar mi alma á una atmósfera donde la asfixia es segura? No, y cien veces no. Queden mis sentimientos, mis verdaderos sentimientos, para mí solo; viértanse también en torcidos renglones sobre desiguales cuartillas, y si pasan al público dominio háganlo impresos, única forma de que el público los admita y aplauda. En las relaciones sociales buscaré el trato de aquellos hombres que, si no tienen virtudes, tienen, al menos, la franqueza de sus vicios, y la compañía de aquellas mujeres que si no interesan al corazón no pueden herirlo tampoco.»

«Créelo—añadía,—un vaso de vino puro y una mujer sin pureza son compañeros suficientes para sobrellevar esta carga de la existencia, carga tan ruin que ni aun vale el trabajo de suprimirla. Como lenitivo de mis amarguras tengo los consuelos de tu amistad, algunas veces, y siempre, allí en el fondo tranquilo de mi hogar, una cabeza entrecana que me perdona y me sonríe. Otros amores..... ¡Bah! no hablemos de ellos. Gozar primero y morir después, esa es la ley humana: cumplámosla.»

Al decirme esto reía, con risa tan nerviosa, tan sarcástica, tan cruel, que provocaba todas mis tristezas.

Impulsado por tales ideas, Carlos gozaba siempre, y cuando las personas timoratas, ó necesitadas de serlo, le llamaban «calavera, perdido, loco» exclamaba con tono entre serio y burlón: «¿Loco? Puede que no se equivoquen. ¡Ojalá no se equivocaran!»

Loco, descreído, insensible..... Eso quería él, serlo; pero no lo era. ¡Cuántas veces, en medio de una orgía, cuando las copas medio llenas, los hombres casi borrachos, las mujeres despeinadas, provocativas y locuaces, forman un grupo lascivo animado por el estrépito de voces roncas, de interjecciones rudas, de tapones que saltan, de vasos que chocan, de cristal que se rompe, volví los ojos hacia Carlos y pude verle pálido, triste, la barba sobre el puño y la mirada incierta, salvar con el pensamiento las distancias y dirigirse á otros lugares, de allí tan separados como deben estarlo lo repugnante y lo sublime, buscando en ellos algo que le faltaba, que le era preciso, y no era el afecto del amigo, ni la cabeza entrecana de la madre, sino una cabecita de mujer virgen, por él entrevista entre las mezquindades del pre-

sente, como promesa espléndida del porvenir

Él no quería confesarlo cuando yo se lo preguntaba. «¿El amor, el amor puro?....— me respondía.—Lo he suprimido.»

¡Suprimir el amor! Tanto valdría suprimir el alma. Para los hombres como Carlos, es el amor lo que el rocío para las flores en climas abrasados: una lágrima tal vez, pero una necesidad irremediable.

Aquel Mario, disfrazado de Grantaire, tuvo su idilio, un idilio que empezó como todos, por la presencia de una mujer que pasa por delante de nosotros, que nos mira un instante y se aleja después, mientras nosotros la contemplamos con asombro y una voz interna nos grita: «Esa.» Cuando llega tal momento, el amor se impone con violencias de tirano, y es inútil luchar. Carlos emprendió la lucha y fué vencido; su destino quedó amarrado para siempre á los encantos de una mujer. Amor es maestro de esclavitud y sujeta la argolla de su cadena en parte firme: en el corazón.

¡Y ella era tan digna de ser amada! Había tanta frescura en aquella cabecita pálida, tanta pureza en aquella frente soñadora, sobre la cual, ganosas de acariciarla, se esparcían las ondas re-

vueltas de una cabellera castaña, donde la luz se descomponía en reflejos dorados; eran tan dulces sus ojos verdes, sombreados por largas pestañas que prestaban á sus miradas todas las ternuras y todas las melancolías del crepúsculo; tan suave el pliegue voluptuoso de sus labios finos, entre los cuales aparecía la sonrisa como una aurora y la voz como un despertar de pájaros; tan puras las líneas de su garganta; tan delicioso el contorno de su cuerpo; desprendía su imagen un no sé qué de candoroso y honesto, que Carlos sintióse atraído por ella, y la amó con fanatismo de creyente, con tenacidad de sectario; más que todo eso, con ansias de náufrago que halla un punto de apoyo donde salvar su vida.

Sintió al verla removerse los sentimientos ocultos en el fondo de su alma: miró con espanto los jirones de su antigua existencia dispersos en el cieno de torpes y fútiles placeres, y se lanzó de frente á la lucha, ansioso de gloria, dispuesto á arrojar el laurel de sus triunfos á las plantas de aquella mujer.

El amor de Carlos fué, más que una transfiguración, una resurrección.

Todos los días iba á verla, á beber en sus ojos energías para el combate, seguridades para la vic-

toria; y allí, bajo la sombra de altos árboles, frente á la casa de la mujer querida, puestos los ojos en el balcón de retorcidos hierros, que á trechos descubrían ya los alambres de caprichosa jaula, donde un canario bullicioso y saltarín entonaba cánticos, no sé si de enamorado ó de cautivo ya las varias macetas sobre las, cuales alzábanse orgullosos los tallos de un rosal que abría sus flores para ofrecerlas á quien tan primorosamente las cuidaba, en aquel sitio, pasaba Carlos las horas extasiándose en la contemplacion de su adorada, que, unas veces puesta detrás del balcón, otras medio oculta entre las hojas del rosal, tan pronto llamando con el gesto y con la mano al cantor prisionero que extendía las alas y alargaba el pico para morder los dedos que le acariciaban, como jugueteando distraídamente con los pliegues del cortinaje, dirigía hacia Carlos sus miradas, miradas que él recogía avaro, sin aspirar á más, sin pedir más. ¿Qué más podía pedir:? Basta una mirada para entregar el alma y otra mirada para recibirla.

Hablar, hablar con ella, deslizar en sus oídos esas mil frases tan insignificantes para quien las oye con indiferencia, como sublimes para quien las escucha amoroso. ¡Hablar con ella, qué dicha tan grande, y, sin embargo, qué ventura tan imposible! ¿Podía él atreverse á tanto? Frente á ella, inocente, hermosa, favorecida de la suerte, veía Carlos alzarse las locuras de su pasado, las angustias de su presente, las incertidumbres de su porvenir como obstáculos insuperables, y aguardaba en silencio y luchaba sin tregua, recibiendo á pie firme esas heridas anchas y profundas, precisas á los combates por la gloria, heridas que no se ven porque abren en el alma y gotean por dentro. Así vivía, peleando con furia de titán, irguiéndose victorioso después de cada golpe, con la frente alta, la sonrisa en los labios y la esperanza en *ella*. Sí, luchar, luchar y contener el desbordamiento de su amor hasta el día del triunfo: tal era la idea fija en el cerebro de Carlos; y cuando el triunfo llegara á acercarse á ella y decirle: «He callado hasta hoy, porque no me juzgaba digno de tí; hoy es distinto, poseo un nombre que todos ensalzan, que todos elogian, que todos aplauden; pues bien: ese nombre es tuyo. Tómalo.»

¿Adivinaba ella los pensamientos de aquel hombre? Tal parecía, cuando tras una de esas miradas en que el alma sube á los ojos, deplegando sus labios con sonrisa cariñosa y agitando en sus pupilas reflejos de amor, parecía decirle: « No temas, yo te aguardo. » Y Carlos aguardaba siempre, gozando no sé qué extraña y misteriosa felicidad en aquella penumbra de esperanzas y de recelos.

Pero la felicidad es un viajero incansable, tan inquieto y fugaz como constante y sedentaria la desdicha; cruza por delante de nosotros un momento, uno solo, y luego se aleja volviedo el rostro para decirnos adiós.

No sé quién, ni importa; cualquiera, una de esas personas que todo lo saben—menos ser buenas—y que todo lo cuentan, á su modo, supo un día los amores de Carlos y creyó deber ineludible, caso de conciencia y obligación de amistad, transmitir la noticia á los padres de la mujer por Carlos amada.

¡Cómo se despachó la tal persona refiriendo cuantas acciones podían perjudicar á Carlos y callando las que pudieran favorecerle!

—¿Quién es él?—decía muy gozosa, con gesto de santa y frase de verdugo.—Un escritorzuelo

sin más bienes de fortuna que su pluma; ¡valiente capital! Un loco, un derrochador, un pendenciero, incapaz de hacer la ventura de nadie; que tiene queridas, que sale á escándalo por semana y que parará en un manicomio, si no le matan de un tiro en medio de la calle. ¡Vaya que el tal Carlitos no tiene por donde el diablo lo rechace! Les digo á VV. que lo conozco mucho—no le había hablado nunca,—que me sé de memoria sus calaveradas; ha dado por ahí cada disgusto, ¡que ya! Es incapaz, incorregible, incorregible; ¡cuando lo digo yo!

Por ese estilo siguió amontonando deshonras y deshonras, calumnias y calumnias sobre aquel hombre que nada le había hecho, ni siquiera un favor. Al despedirse, desplegó una sonrisa de cariño, añadiendo, como disculpa de su hazaña:

—Os he dicho esto porque os quiero bien. Ese hombre es malo.

Y limpió su conciencia con estas palabras, como limpia el asesino su puñal sobre el cuerpo de la víctima, dejándole terso, brillante y dispuesto de nuevo para herir.

Ella oyó angustiada la terrible acusación; sus padres hicieron lo que hacen en tales casos todos los padres que quieren á sus hijas: conjurar el pe-

ligro por cuantos medios estaban á su alcance, impedir aquellos amores, trabajar el alma de la niña para arrancarle el afecto que á Carlos profesaba. Carlos supo esto y devoró en silencio su amargura, como había saboreado en silencio su felicidad, y *ella*, combatida por fuerzas contrarias, luchaba, sí, pero luchaba desesperando del triunfo, viendo más difícil cada vez el logro de su esperanza; y todas las tardes, cuando, asomada al balcón, escondido el rostro entre las hojas del rosal, veía á Carlos pálido, taciturno, desesperado, sin llevarle una esperanza, ni una promesa de próximo triunfo, sentía que sus fuerzas menguaban, que su valor decaía, y, reflejando en sus ojos las angustias de su espíritu, parecía decir á su amante:

—¡Pronto, pronto, ó todo se ha perdido!

Carlos no podía hacer nada para conjurar el peligro. Los combates por la gloria son lentos, las victorias no se improvisan, el enemigo es tenaz y se defiende siempre. ¡Les cuesta tanto trabajo á los más reconocer la superioridad de los menos! Para Carlos llegar era seguro, pero ¿cuándo? ¿cuándo? Y tras de esta pregunta, que no obtenía respuesta decisiva, Carlos sentía huir sus esperanzas de amor, y *ella*, con los ojos tris-

tes, muy tristes, lanzando un suspiro que agitaba imperceptiblemente los pliegues de su vestidito color de rosa, se apartaba del balcón, mientras él proseguía su camino volviendo la cabeza hacia atrás, esperando con angustia el desenlace de aquel hermoso paréntesis de venturas y amor, paréntesis que se cerraba y que él no podía alargar.

Y el desenlace vino doloroso, terrible, pero fatal y necesario. *Ella* se dió por vencida. ¿Cómo no hacerlo, si á la murmuración social y á los prudentes consejos de sus padres, sólo podía oponer las promesas mudas de un desconocido?

Una tarde de otoño, á la hora del crepúsculo, llegó Carlos frente á la casa de su amada, pisando las amarillentas hojas que, desprendidas de los árboles, crujían bajo sus pies con un sonido extraño, mezcla de suspiro amargo y de carcajada burlona; las ramas desnudas parecían músculos palpitantes de un cuerpo disecado; en el balcon, testigo un día de íntimos placeres, partícipe entonces de profundos é intensos dolores, las macetas ostentaban el seco ramaje de sus hojuelas mustias y de sus tallos marchitos; el rosal, desnudo de adornos, se balanceaba á impulsos del viento, y el canario, oculto en el último rincón

de la jaula, escondía en el ala su pico y agitaba su cuerpo con estremecimientos nerviosos; sólo una florecilla casi deshojada vivía aún en aquel sepulcro abierto por el tiempo á las galas de la primavera.

Carlos se detuvo y clavó sus ojos en el balcón. Detrás de los cristales estaba *ella*, no como en épocas ya pasadas, alegre, cariñosa, dulce y pródiga en esperanzas, sino triste, muy triste, con la hermosa cabeza inclinada sobre el hombro, los ojos entornados como para ocultar sus lágrimas y los labios contraídos por un gesto sombrío.

Al verle entreabrió las cerradas vidrieras, adelantó el brazo, cortó la mustia florecilla y, arrojándola por el balcón, dirigió á Carlos una mirada larga, profunda, angustiosa como un adiós y cruel como una despedida.

«¡Imposible!» pareció decirle con aquella mirada; y retirándose de pronto lanzó un suspiro, al tiempo que Carlos murmuraba también: «¡Imposible!»

Después la imagen querida desapareció, y Carlos, dirigiendo una última mirada sobre el balcón cerrado, sobre las flores marchitas, sobre el pájaro dormido en el último rincón de su jaula, contempló las hojas de los árboles amarilleando

bajo sus pies, los troncos desnudos, las ramas peladas, el cielo plomizo, desengañadores silenciosos que le decían: «Todo termina, todo acaba;» y recogiendo la flor perdida en medio del arroyo, se alejó de aquellos lugares, murmurando con acento nervioso y hondo:

—Es verdad, todo acaba.

. . . . . .

Al día siguiente, en cierta sala de cierta casa agrupábanse cuatro ó cinco personas alrededor de una señora—la misma que tan buenas ausencias hizo de Carlos,—la cual señora, sujetando entre sus manos un periódico, leía lo siguiente:

«Ayer puso fin á sus días, disparándose un tiro en el corazón, el distinguido literato D. Carlos N....., que tantas esperanzas ofrecía, etc., etc.

»Al lado del cadáver encontraron una pistola y una flor.

»Ignóranse las causas que obligaron á nuestro desventurado compañero á tomar tan infausta determinación.»

Al terminarse la lectura del suelto que copio, todos guardaron silencio, mientras la portadora de la nueva decía con sentenciosa voz:

—Es natural; ese chico no podía acabar de otro modo.

Y mientras la noticia cundía por todos los ámbitos de este Madrid bullicioso y escéptico, velaba yo á Carlos, cuyos ojos abiertos parecían buscar aún los rasgos hermosos de una cabecita virgen que lloraba en silencio por él, mientras otra cabeza, pálida, entrecana, apoyándose en el pecho del muerto, besaba, con ansias de madre huérfana, las manos crispadas del cadáver.

. . . . . .

Esa es la historia de Carlos.

Ya sé, querido Luis, que tú vas á respoderme: «Esa historia no es verdad.»

Pero ¿no es verdad que podría serlo?

Librería de Fernando Fé.

CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2

OBRAS DE FONDO Y SURTIDO

*Amicis (Edmundo de).—Infortunios y amor: un vol. en 8.º *ptas.* 4
*— Combates y aventuras: segunda parte de Infortunios y amor: *ptas.* 4
Aubert (Carlos).—Las novelas amorosas, 5 vol. en 8.º con bonitas cubiertas al cromo y dibujos en colores: cada vol. *ptas.* 3
Blasco (Eusebio).—Poesías festivas: un vol. en 8.º *ptas.* 2,50
Bobadilla (Emilio) *Fray Candil.*—Escaramuzas (sátiras y críticas): un volumen en 8.º *ptas.* 3
— Capirotazos (sátiras y críticas): un vol. en 8.º *ptas.* 4
Bonafoux (Luis) *Aramis.*—Yo, y él plagiario *Clarín*: un vol. en 8.º *ptas.* 1
Campoamor (Ramón de).—Humoradas: un precioso vol. en 8.º *ptas.* 3
— El Licenciado Torralba (poema en ocho cantos): un vol. en 8.º *ptas.* 3
Cánovas del Castillo (Antonio).—La campana de Huesca (novela): un volumen en 8.º *ptas.* 5
*Cávia (Mariano).—Azotes y galeras, con dibujos de A. Pons: *ptas.* 3,50
*Daudet (Alfonso).—Safo, costumbres de París: un vol. en 8.º *ptas.* 3,50
*— El académico *(L'immortel)*: un vol. en 8.º *ptas.* 3,50
— Tartarin en los Alpes, versión española por D. Eusebio Blasco. Edición ilustrada: un vol. en 4.º *ptas.* 5
Feuillet (Octavio).—La viuda: un vol. en 8.º *ptas.* 3
Feydeau (Ernesto).—Fanny (estudio), 3.ª edición: un vol. en 8.º *ptas.* 1
Frontaura (Carlos).—Lances de la vida: un vol. *ptas.* 3
— Las tiendas (cuarta edición): un vol. en 8.º *ptas.* 3
Grilo (Antonio F.).—Poesías (segunda edición): un vol. en 8.º *ptas.* 4
Lamartine (A. de).—Regina, versión castellana por José Feito García: un volumen en 8.º *ptas.* 2
López Bago (Eduardo).—Luis Martínez el espada, novela: un volumen en 8.º *ptas.* 3
— El preso, novela médico-social: un vol. en 8.º *ptas.* 3
López García (Bernardo).—Poesías (2.ª edición): un vol. en 4.º *ptas.* 6
*Maupassant (Guy de).—Las termas de Mont-Oriol: un vol. en 8.º *ptas.* 3,50
*— Una vida, versión española: un vol. en 8.º *ptas.* 3,50
Núñez de Arce (Gaspar).—Gritos del combate, poesías (cuarta edición corregida y aumentada): un vol. en 8.º con el retrato del autor. *ptas.* 4
Onhet (Jorge).—La condesa Sara: un vol. en 8.º *ptas.* 3
— Sergio Panine: un vol. en 8.º *ptas.* 3
— La ferrería de Pont Avesnes: un vol. en 8.º *ptas.* 3
— Voluntad (versión española por C. Frontaura): un vol. en 8.º *ptas.* 3
— El doctor Rameau, versión española: un vol. en 8.º *ptas.* 3,50
Palacio Valdés (Armando).—El señorito Octavio (novela): un volumen en 8.º *ptas.* 3
Pardo Bazán (Emilia).—Un viaje de novios: un vol. en 8.º *ptas.* 3,50
— El cisne de Vilamorta: un vol. en 8.º *ptas.* 3,50
— Pascual López: un vol. en 8.º *ptas.* 3,50
Picón (Jacinto Octavio).—Lázaro, casi novela: un vol. en 8.º *ptas.* 3
Sepúlveda (Enrique).—La vida en Madrid en 1886: un vol. en 8.º *ptas.* 4
*Taboada (Luis).—Madrid en broma: un vol. en 8.º, ilustrado por A. Pons: *ptas.* 3,50
Urrecha (Federico).—Drama en prosa: un vol. en 8.º mayor: *ptas.* 2
Valera (Juan).—Pepita Jiménez (12.ª edición): un vol. en 8.º *ptas.* 3
— Doña Luz (cuarta edición): un vol. en 8.º *ptas.* 3
Velarde (José).—Teodomiro ó la cueva del Cristo, leyenda: un vol. *ptas.* 2
Zorrilla (José).—Gnomos y mujeres: un vol. en 8.º *ptas.* 4

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
865 D540SP1891 C001
Spolarium cuadros sociales
3 0112 089095035